Carmen Martín Gaite

A rachas

Poesía reunida

Edición de José Teruel



La Bella Varsovia / Poesía

Índice

En los últimos meses de su vida Carmen Martín Gaite redactó el curso magistral de cinco conferencias que tenía previsto dictar en agosto de 2000 en la UIMP y que nunca llegó a impartir. La muerte, como urgencia argumental ineludible, tuvo que recordarle el final contingente y realmente innecesario de toda narración. En una de esas conferencias, quizá la más sorprendente, la titulada "Los viejos en la literatura", anota una lúcida aproximación sobre la resistencia de lo fugaz e inapresable para ser disecado por la fijeza de palabra escrita, especialmente cuando algunos autores se plantean la necesidad de escribir un diario. Frente al falso orden de las fechas a la hora de dar cuerpo al dinamismo de la experiencia interior, «la poesía es una lucha tenaz y muchas veces fallida por retener el instante en que las cosas hablaron un lenguaje especial y nos incitaron a captar ese recado urgente que apenas insinuado se esconde, dejándonos un sobresalto en la memoria». Quizá sea esta la vislumbre central del conocimiento poético en Carmen Martín Gaite. Por ello su taller estuvo siempre *abierto* a las posibilidades de la representación verbal en relación con otros lenguajes artísticos y en competencia con la oralidad, donde lo inabarcable parece que fugazmente pudiera ser abarcado, junto a lo visible y lo invisible. Y la única forma que encontró para defenderse del caos y atinar con algún criterio de parcelación de sus poemas —por muy convencional que parezca— fue seguir la trama del paso de la edad, que articulará en tres partes muy marcadas cronológicamente, como si de un cuento de antaño se tratase, la disposición de su poesía reunida: "poemas de primera juventud", "poemas posteriores" y "después de todo".

Los poemas de primera juventud

Carmen Martín Gaite inició su historia literaria escribiendo y publicando poesía. Lo demuestran tres cuadernos de 1947 conservados en su Archivo de la Biblioteca Digital de Castilla y León, y la publicación, ese mismo año, de "La barca nevada" en la revista universitaria salmantina, *Trabajos y Días*. El deseo de detenerse con una nueva mirada ante las cosas habitualmente vistas deprisa, la invocación —tan recurrente en la poesía escrita en España desde 1944— a un Dios huidizo, a quien se requiere como posible interlocutor de preguntas sin respuesta, el desacuerdo entre lo que se hace y lo que se

sueña, y las premoniciones sobre su futuro son los motivos recurrentes de estas primeras composiciones: «Mi primera fuente de inspiración literaria fue la curiosidad por el tiempo futuro, que a veces se insinuaba como la tentación de asomarse a un abismo del que aún nada se sabe», explica Martín Gaite en “Los viejos en la literatura”.

Dos de estas libretas, auténticos *Cuadernos de todo avant la lettre*, tienen un rótulo propio: la primera, con el título de *El paraíso recobrado*; la segunda es una *Agenda médica* que le regaló su tío Vicente Gaite, el médico de la familia, según se desprende de *El libro de la fiebre*. Las composiciones de estos cuadernos están fechadas, a modo de diario, entre agosto de 1947 y los primeros meses de 1948, y nos ofrecen los ante-textos de diez poemas que formarán parte de *A rachas* desde su primera edición en 1976 (“Telarañas”, “Certeza”, “Canción rota”, “Callejón sin salida” [aún sin título], “Por el mundo adelante” [aquí titulado “Gritos”], “Pídeme que esté alegre” [aún sin título], “Muerte necia” [sin título], “En mi vejez” [definitivamente titulado “Tiempo de flor”], “Desembocadura”, “Me pesas como un fardo” y “Destello”) y dos de la tercera edición de 1986 (“Domingo por la tarde” y “Espiga sin granar”). La relación de estas primeras versiones con las definitivas fluctúa entre la proximidad (“Certeza”, “Callejón sin salida”) y la completa diferencia léxica, sintáctica y estrófica (“Domingo por la tarde”, “Espiga sin granar”). Otros poemas son apenas breves anotaciones en estos cuadernos que serán desarrolladas después (“Pídeme que esté alegre”, “Muerte necia”). De ello colegimos que Carmen Martín Gaite no solo seleccionó sino también reconstruyó en 1976 los poemas de las libretas de Salamanca.

De la *Agenda médica* reparo en una breve composición, sin título, que apunta al lugar que para esta joven de veintiún años ocupó esta escritura «a rachas». Carmen Martín Gaite comenzó a escribir sus primeros poemas y cuentos como una forma de huir hacia dentro, de expresar su extrañeza ante lo cotidiano. *Brechas en la costumbre* fue el expresivo y provisional título que la autora había prefigurado para la recopilación en un volumen de sus cuentos de la primera época. Y, sobre todo, las brechas en el muro de las costumbres responden a su comprensión de la literatura en general y de lo fantástico en particular, entendidos como sinónimo de una aparición que va a provocar un quiebro en el punto de vista:

Es como otra morada
como un humo.
Me salen al paso
llenos de rocío
mis versos por el camino
cuando se apaga el rumor

de las ajenas voces
de los pasos ajenos
que retumban
que se enzarzan alrededor.

Con “La barca nevada”, una estudiante que firmaba con el nombre de Carmiña inauguraba en enero de 1947, en *Trabajos y Días*, su historia literaria. El poema inspirado en una instantánea del fotógrafo de *El Adelanto*, Pepe Núñez (padre del poeta Aníbal Núñez), recreaba la imagen de una barca prisionera entre los hielos del Tormes y exhortaba a través de un escolar *carpe diem* a esperar el deshielo inminente del río. Esta simbólica composición sobre la barca atrapada, aguardando una próxima primavera, no será recogida por su autora en ninguna recopilación posterior de su poesía, pero sí fue recordada como primer texto publicado en vida en su discurso “Las glorias y las memorias”, con motivo del Premio Castilla y León de las Letras.

Todos los poemas que acabamos de citar, impregnados de malestares íntimos, preocupaciones existenciales y veladas protestas, compartían un aire de familia con los primeros escritos de la mayoría de sus compañeros de promoción universitaria, por entonces fieles admiradores del libro del jovencísimo poeta José María Valverde, cuyo *Hombre de Dios* (1945), prologado por Dámaso Alonso, había hecho furor en los ambientes universitarios del segundo lustro de 1940. Idéntico tono intimista y angustiado traspasará la prosa poética de sus primeros cuentos (“Desde el umbral” e “Historia de un mendigo”) y de su primer artículo (“Vuestra prisa”), tono que comenzará a virar gracias a los consejos de sus dos hombres-musa: Ignacio Aldecoa y posteriormente Rafael Sánchez Ferlosio, según reconoció la propia Martín Gaite en su “Bosquejo autobiográfico”. Aldecoa publicó en el mismo 1947 su primer cuadernillo de poesía *Todavía la vida* y dos años más tarde el *Libro de las algas*, que con sus imágenes postistas desentonaba abiertamente con el monocorde registro neorromántico dominante. Ferlosio le inculcó ya en Madrid y al filo de los años cincuenta su poética de la exactitud descriptiva de ambientes y conductas.

Las primeras versiones de los poemas juveniles están fechadas entre 1947 y 1949. Por la información que se desprende de la nota preliminar —titulada nuevamente “A rachas” y escrita en los últimos meses de su vida— para una selección de sus *Poemas*, sabemos que algunas de estas composiciones juveniles fueron destruidas y tuvieron que ser reelaboradas de memoria: «Años más tarde, al recordar los que se me quedaron más grabados, los escribí cambiándolos un poco. Supongo que aquellos que sepultó el olvido será porque merecían tal paradero». Y en esa amalgama entre libro de memorias, ficción y

ensayo que es *El cuarto de atrás* encontramos esta confesión coincidente con la del poema “Los libros que ahora busco”:

> He quemado tantas cosas, cartas, diarios, poesías. A veces me entra la piromanía, me agobian los papeles viejos. Porque de tanto manosearlos, se vacían de contenido, dejan de ser lo que fueron.
>
> Me quedo callada. La última gran quema la organicé una tarde de febrero, estaba leyendo a Machado en esta misma habitación y me dio el arrebato.

No dudamos de que en esa imprecisa «tarde de febrero» (rememorada en *El cuarto de atrás*, tras leer el elogio “A Xavier Valcarce”, en el que Antonio Machado exhorta a no cultivar la nostalgia para acogerse impasible a lo que aún pudiera ofrecer el día) ella quemara entre otros «papeles viejos» algunos de sus poemas, pero lo verdaderamente significativo reside en que esas cartas, diarios y poesías estuvieran encerrados bajo llave en un mismo lugar, en el «baulito de hojalata» que fue antes de su madre, como escritos pertenecientes a un género semejante y que era necesario custodiar por concernir al secreto: a la escritura más íntima.

Si la trama de la experiencia o el paso de la edad articulan la poesía de Carmen Martín Gaite, la conciencia del tiempo visto desde distintos puntos de observación es ya el motivo recurrente de los poemas del ciclo de juventud: desde la sensación de tener aún mucho tiempo que perder o para demorarse en “Canción rota” y “Tiempo de flor”, hasta el tiempo vivido como confinamiento y acoso en “Domingo por la tarde”, donde se perfila el dibujo de la chica desarraigada que pasea sin rumbo, tratando de descifrar signos por la ciudad estancada (*La charca* fue el simbólico título inicial, con claras resonancias unamunianas, que Martín Gaite barajó para *Entre visillos*). La metáfora del lugar ominoso y cerrado pareció ir apoderándose de la imaginación de los jóvenes escritores de 1950. Esta última dimensión del tiempo vivido como rechazo a lo tangible otorga un aire fuertemente existencial al ciclo juvenil. Los descontentos vitales, la rutina y la experiencia de los días «tontos», de la muerte pequeña o diaria evidencian también otro tipo de malestares de corte más social o público. La poesía juvenil de Martín Gaite nos ilumina sobre su concepción y su práctica narrativa del realismo, que consistió en descifrar lo real más que en decir la realidad. Como en sus cuentos de la década de 1950, en los poemas “Nubes”, “Por el mundo adelante” y “Certeza”, el personaje poemático emprende fugas imaginarias y evidencia sus ansias de libertad. Una libertad percibida más como añoranza que como búsqueda heroica. La propia Martín Gaite ha ofrecido retrospectivamente una clave de lectura que despeja muchos de sus poemas juveniles y nos ayuda a entender ese doble malestar, tanto existencial como moral. Esta anotación procede de un cuaderno

de 1973, a raíz de una fecunda relectura de *El balneario*, que será también uno de los impulsos para la prefiguración de *El cuarto de atrás*: «Revivir para *El cuarto de atrás* el momento de ebullición de mis versos, aquel invierno en Valladolid, mis luchas a solas y a ciegas, rechazando la burguesía y a la par dándome pereza de salir al raso».

Esta ambivalencia entre el deseo de ruptura y el miedo a la libertad facilita la interpretación de poemas como "Desembocadura", "Certeza", "¿Era por aquí?" o "Convalecencia", en los que una simbología muy personal contrasta con la imaginería más tradicional de otros poemas del mismo ciclo. Recordemos que el miedo al cambio fue la incertidumbre central de las protagonistas de sus primeros relatos, desde "Un día de libertad" a *Entre visillos*, y en relación con este conflicto están sus diálogos con la naturaleza, que traslucen la victoria del tiempo natural sobre el tiempo histórico, muy en la línea del lenguaje elusivo y al mismo tiempo alusivo de la poesía española del segundo lustro de 1940.

Destaco en esta conciencia del tiempo de los "Poemas de primera juventud" la noción anticipada de futuro que se trasluce en "Callejón sin salida" o el encuentro con un destino llamado literatura que no admitía vuelta atrás: «Avanzo alegre y sola / en la exacta mañana / por el camino mío que he encontrado / aunque no haya salida». La pasmosa seguridad en la asunción de esta ruta, aunque todo se ponga en contra, vuelve a aparecer en el ya citado "Certeza": «(...) ya sé que es por allí / por donde quiero ir, / sé por dónde se va. / Mirad, os lo señalo: / por aquella ranura de poniente».

Prevalece en estos primeros poemas de Martín Gaite una concepción de la poesía como recomposición de una imagen deseada de sí misma, como un ejercicio de entrañamiento frente a la realidad de su entorno, sin dejar de expresar su sospecha en la palabra nombradora, ya que el estadio preverbal es el momento de máxima expresividad. Las palabras nos devuelven «sucedáneos», mariposas disecadas, cuando queríamos atraparlas al vuelo (*El libro de la fiebre* articulará la misma experiencia). La sintonía con el neorromanticismo, el registro estilístico hegemónico del segundo lustro de 1940, es evidente, aunque también comprobamos cómo en la primera poesía de nuestra autora se cuelan imágenes dislocadas del irracionalismo postista. Las «verdes palomas» o la perspectiva «mellada contra los andamios» de la luna llena, a la que también ve como un «globo inflado», nos recuerdan la imaginería del *Libro de las algas* de su amigo Ignacio Aldecoa.

Un ciclo intermedio: los poemas posteriores

En junio de 1975, Carmen Martín Gaite, que no publicaba poesía

desde sus años universitarios en Salamanca, daba a la luz en la revista *La Ilustración Poética Española e Iberoamericana* tres composiciones: “Madrid la nuit”, “Libros y papeles” y “¿Quieres jugar?”. Un año más tarde, coincidiendo con los primeros trabajos preparatorios de la colección Libros Hiperión, reúne por primera vez, a propuesta de Jesús Munárriz, una parte de su producción poética bajo el expresivo título de *A rachas*[1].

La locución modal «a rachas» se carga de significación temporal. La poesía surge como la visita inesperada de un amigo perdido, tiene como única trama conductora el tiempo de la vida y la necesidad de anotar instantes y estados de conciencia que parecen urgentes, pero con la convicción de que nunca podrá cazarlos: «Vivo rodeada de papeles sueltos donde he pretendido en vano cazar fantasmas y retener recados importantes, me agarro al lápiz ya por pura inercia, ¿comprende?, sé que es un vicio estúpido, pero me tranquiliza los nervios», leemos en *El cuarto de atrás*.

Sin embargo, esta escritura intempestiva fue objeto de una cuidada atención y revisión por parte de la autora. Lo confirma el citado preliminar para la antología *Poemas*: «El vicio de anotar alguna impresión de esas que caen del cielo como un rayo y estremecen todo nuestro ser no desapareció por completo, ni le cerré la puerta a aquellas fugaces visitas de la poesía». En el mismo sentido, una anotación con la que inicia un cuaderno de poemas manuscritos (los llamados “Poemas posteriores”) reincide en el lugar de honor que estaba dispuesta a dispensar a esa visita intermitente llamada poesía y anuncia el proyecto de recopilar sus poemas:

> Mi amigo Moli me trajo de Nueva York este delicado cuadernito chino el 27 de junio de 1975. Todavía no sé a qué lo dedicaré. Tal vez a copiar en limpio poemas viejos y a apuntar otros que se me puedan ir ocurriendo. Me da pena emplearlo para otra cosa. Solo de eso es digno. Creo, pues, que tan elegante regalo me obligará a volver mi atención hacia la poesía.

Los “Poemas posteriores” representan, según sus propias palabras, «el salto de la jovencita provinciana y soñadora a la mujer ya afincada en la capital, dueña de su destino y de su casa». Los incluidos en la “Primera entrega” datan de 1969 a 1975, los de la “Segunda” fueron compuestos desde 1976 (tras la primera edición de *A rachas*) hasta los meses anteriores a la muerte de su hija Marta, acaecida en abril de 1985.

La noche en la ciudad como espacio de escape, pero con toda la carga irónica y de autoconciencia que supone la mujer madura fugándose a bordo de barcos que se hunden o de trenes que descarrilan (como les ocurrirá a las protagonistas de *Nubosidad variable*), será un motivo recurrente de este segundo ciclo de poemas,

entre los que destaco “Descarrilamiento”, en el que se escenifica simbólicamente el despertar magullado tras los excesos nocturnos o la resaca de todos los tinglados fulminantes de un sentido de la irrealidad impropio de una edad. La pregunta retórica de cómo pudo ocurrir el descarrilamiento presta al poema un tono de humor y cinismo, muy del gusto de Jaime Gil de Biedma, a quien va dedicado en la grabación de su antología *Poemas*. La ironía, el lenguaje coloquial, los temas urbanos y «el Verbo hecho tango» de esta sección serán también elementos de contigüidad con otros poetas del medio siglo, como Ángel González, José Agustín Goytisolo y Gabriel Ferrater.

Otro *leitmotiv* de esta sección (que irá reapareciendo con más vehemencia en el último ciclo poético, “Después de todo”, y en su obra narrativa a partir de *Retahílas*) es la incapacidad de apresar el flujo del tiempo. Su actitud ante el tiempo vivido otorgará a su poesía un aire de autobiografía imaginada en torno a la mujer que fue su autora, porque estamos ante los versos de toda una vida. Si en los primeros poemas había mucho tiempo que perder, en estos penúltimos el tiempo es una categoría inasible, una experiencia que desgasta y de la que comienza a evaluar sus cicatrices. La gran pregunta es cómo abrigarse de la incuria del tiempo y ante dicho dilema surgen la fe y la duda sobre ese otro tiempo gastado en la escritura, tal como se formula en “Libros y papeles”. En este monólogo dramático, la riña interior entre quien decide quedarse en casa escribiendo (sin saber «si ha salido el sol / o hay gente en el río») y quien duda del valor de una «queja disecada» que solo sirve para llenar estantes y anaqueles articula la ambivalencia entre la voluntad artística y la vital, una incertidumbre que se disipa al aceptar que su destino es indefectiblemente convertir la vida en palabra o el amargo placer de transformar la escasez en lenguaje.

En este segundo bloque domina el uso del poema-canción y los ritmos tradicionales, ya que algunas de estas composiciones nacieron para ser cantadas, como demuestra el repertorio de Chicho Sánchez Ferlosio y de Amancio Prada, con quien colaboró recopilando coplas populares gallegas para el disco *Caravel de caraveles* (1976). También debemos recordar su juvenil interés universitario por los cancioneros galaico-portugueses, tema sobre el que proyectó su tesis doctoral y que la traerá a Madrid en noviembre de 1948. Algo de ese proyecto inconcluso pervivirá en la antología bilingüe que veinte años más tarde preparó con Andrés Ruiz Tarazona, *Ocho siglos de poesía gallega* (1972), y en la que Martín Gaite se encargó de la selección y traducción de cantigas hasta el siglo XV. La canción será también un molde propicio para el poema en clave, motivado por algo y alguien, y para el uso del humor, la ironía y hasta la melancolía (tonos compatibles y eficaces en la autora para aludir a la pérdida

irremediable de aquel tiempo). Buen ejemplo serán las “Diez coplas de amor y desgarro”, escritas a lo largo de la primavera y el otoño de 1972 y probablemente inspiradas en su desafiante relación con Gonzalo Torrente Malvido, tras su separación de Rafael Sánchez Ferlosio. La composición de estas coplas, según demuestra la posición destacada que ocupan en el autógrafo *Cuadernito chino* y en la primera edición de *A rachas* (1976 y la reimpresión de 1979), fue fundamental para que Carmen Martín Gaite retomase su atención por su labor poética e incubara el proyecto de publicar un libro.

Después de todo

En 1993 Martín Gaite amplía con una nueva sección, “Después de todo”, el corpus anterior, y aunque siga manteniendo como subtítulo *Poesía a rachas,* el nuevo encabezamiento intensifica un sentido del tiempo, que ya fue enunciado en los “Poemas posteriores”, pero que ahora se medirá *después de todos* sus estragos y mudanzas. La pérdida de los grandes asideros a los que se agarró en la vida será el tema central: desde la muerte de su hija Marta (véanse “La última vez que entró Andersen en casa” y “Quien motiva mi queja”) a ese tiempo de la experiencia donde acaba el amor y las voces «deseo», «fe» y «juego» se inscriben como otras palabras disecadas entre las páginas de sus cuadernos (“Chispa de plata antigua”, “Farmacia de guardia” y “El cuarto de jugar”). Sin embargo, a pesar de tantos heraldos de derrota del último bloque de su poesía, hay que destacar un rasgo de fe, que fue en el fondo una promesa a la hija muerta de seguir viviendo «contra viento y marea», de «recoger la luz de otras miradas» y «el hilo de otros cuentos», de acogerse «impasible al instante presente». Y en esa promesa, que es toda una declaración vital y literaria de principios, Carmen Martín Gaite, después y a pesar de todo, nunca defraudó (véase “Lo juro por mis muertos”).

La conciencia formal de Carmen Martín Gaite a la hora de elaborar su intimidad fue altísima, como demuestran estos poemas últimos y el cuaderno escrito tras la muerte de Marta, “El otoño de Poughkeepsie”. La causa podría encontrarse en su amor por la narración. Narrar para ella era todo lo contrario a pregonar una historia: «No se dice lo secreto, se cuenta [...]. Al pregonero se le paga para que pregone, no para que narre [...]. Lo verdadero es secreto», como leemos en la última edición revisada de *Cuadernos de todo* (2019). Nuestra autora consiguió siempre evitar la falacia patética y convirtió el descalabro vital en una fuente literaria de conocimiento, asumiendo el viejo mito romántico, tan perceptible en la relación entre su vida y obra, de que todo lo que la perjudicó como mujer la benefició como creadora.

Martín Gaite hizo literatura con los temas más definitorios de una categoría llamada intimidad (que no conviene confundir con privacidad noticiosa): la soledad, el miedo, el deseo del deseo y la defensa acérrima de su ración de alegría.

Las relaciones de su poesía con el resto de su obra: lo poético como un tratamiento del tiempo

La poesía de Martín Gaite no es un pariente marginal de su obra: ilumina elementos aún no explorados de la misma. Sus novelas —e incluso sus ensayos y *Cuadernos de todo*— se engrandecen a la luz de las iluminaciones y epifanías que su lenguaje poético revela. Muchos de los personajes de sus narraciones son retratados en sus poemas a las horas más íntimas, en los momentos en que la realidad invisible es percibida por la imaginación. La poesía refuerza la visión central de sus narraciones y los poemas parecen mostrarnos una instantánea sintética, una llamada acuciante o una captura del tiempo en la sucesión de los hechos narrados en cuentos y novelas. Las confluencias temáticas entre algunas de sus composiciones poéticas y el resto de sus obras son muy estrechas, como nos demuestran los propios títulos. *El libro de la fiebre* se extracta en "Convalecencia"; *Entre visillos,* en "Domingo por la tarde" y "Campana de cristal"; *El cuarto de atrás*, en "El escondite inglés"; *La Reina de las Nieves* y "El otoño de Pougkeepsie", en "La última vez que entró Andersen en casa"; *Lo raro es vivir*, en "Telarañas"; y *Caperucita en Manhattan,* el cuaderno de *collages Visión de Nueva York* e incluso las conferencias "La libertad como símbolo" o "Edward Hopper. *Habitación de hotel*", en su poema de 1983 "Todo es un cuento roto en Nueva York", cuyo expresivo título nos remite a cómo cualquier narración de hechos se detiene ante imágenes fugaces que reclaman su derecho a no ser olvidadas. Esas imágenes instantáneas serán rescatadas por la poesía, que en el caso de Martín Gaite tampoco es reducible a un género, sino a una forma de visión, como demuestra su genuino metarrelato, "Flores malva".

Si la poesía fue la primera labor literaria de la autora y complementa el resto de su obra, también conviene reconocer que su capacidad de visión poética, por encima del uso del verso o de la prosa, atravesará toda su escritura narrativa, ensayística y autobiográfica, desde *El libro de la fiebre* a *Los parentescos,* desde "Vuestra prisa" a "Pasarela hacia lo desconocido", pasando por sus obras maestras *El cuarto de atrás, El cuento de nunca acabar* o "El otoño de Poughkeepsie". En su obra narrativa lo poético radica especialmente en un tratamiento del tiempo y del espacio; en su obra ensayística, es un particular punto de vista que consistirá en hablar de sí misma a través de los otros y en no abandonar el aliento de sus

propias creencias en el enfoque de un tema abstracto; y en sus *Cuadernos de todo* lo poético estriba en una concepción episódica de la memoria, propia de una obra compuesta por trozos que siempre vuelven a emerger, pero desde distintos puntos de observación. Poesía, ensayo, narrativa y cuadernos personales son, en su caso, versiones múltiples y simultáneas sobre los mismos hechos y estados de conciencia en los que cuadran mal los preceptivos compartimentos estancos de los géneros literarios. Carmen Martín Gaite, como demuestra la permeabilidad de la edición de sus *Obras completas*, abrazó todo género que le viniera bien para elaborar su discurso. Y, en este punto, quiero formular una hipótesis sobre el lugar de lo poético en su obra, siguiendo los presupuestos de una concepción de la escritura transversal, que Rafael Argullol trazó con particular lucidez en *El cazador de instantes. Cuadernos de travesía* (1996).

Considero que la singladura literaria de Martín Gaite demuestra que lo genuinamente poético no reside en la forma ni en el tema, ni siquiera en el uso del verso, «sino en un tratamiento temporal de la experiencia humana», que hace caso omiso de una imagen del tiempo concebida como un *continuum* y «se concentra en determinados focos, cuya especial luz oscurece extensos territorios liberados al olvido». La poesía como la memoria consiste en ese tratamiento del tiempo que saca a flote los vértices decisivos de nuestra existencia, porque hay otro tiempo que nos configura de una manera radicalmente distinta: un tiempo ajeno a toda linealidad, desbocado y caótico. Este otro tiempo, mediante el cual reconocemos el relato secreto de nuestra existencia y que no admite la imagen del orden postizo de la línea recta, sino que por el contrario «se manifiesta en violentas discontinuidades», es el que quiere revelarnos lo poético.

La vivencia y la representación del paso del tiempo, la brecha entre el pasado y el presente, y el acto lírico como presencia de las cosas siendo, como vislumbres momentáneas y fulgurantes de percepción, han sido formulados en dos de sus mejores poemas: “Pájaro vegetal” (titulado en una primera versión inédita “Clamar en el desierto”) y “El desorden antiguo”. A estos poemas cabe añadir múltiples secuencias de los *Cuadernos de todo*, que responden a la urgencia expresiva de la inmediatez y encierran una tensión discursiva próxima a la poesía. La diferencia entre los poemas y las anotaciones narrativas radica en los vacíos situacionales de los primeros frente a la mayor determinación de los espacios enunciativos en las segundas.

En la poesía de Carmen Martín Gaite conviven múltiples registros: desde el poema canción y el divertimento al poema en clave e incluso hermético, y desde el poema de corte autobiográfico al que se nutre de referencias metalingüísticas. Variedad de registros que remiten al rostro inasible de su autora. Ninguna trama se ha de tener por cierta,

como en “Todo es un cuento roto en Nueva York”, poema cuyo título y tono incide en la necesidad de sobrepasar las fronteras ortopédicas de los géneros literarios. Toda trama es un espejismo, una silueta vaga, fugaz y discutible que se nos escapa. Solo podremos proyectar su *yo* sobre una imagen detenida, escondido tras ese “*Hotel room*” de Edward Hopper que representa a una mujer que ya no espera nada y se ha quedado sola entre cuatro paredes, condenada a habitar la soledad o a poblar su sonambulismo. Pero de ella vislumbramos una tentación, un proyecto de contarse su vida como un «cuento roto», único recurso al que pudo agarrarse para hacerle frente y aguantarla.

El total de la obra poética de Martín Gaite es una meditación sobre su experiencia que le permite identificar lo que es permanente y trascendental a lo largo de su existencia, aquello que ha determinado su forma de ser entre los otros. En las novelas, las autofiguraciones de la autora se presentan como ficción y, sin embargo, hay más volumen de la experiencia personal. Y los poemas se presentan como experiencias y, sin embargo, se afirma menos lo accidental del personaje. En el verso hay mayor concentración expresiva, se persigue la intensidad a expensas de la claridad. El verso depara mayor visión; la prosa, mayor recreación; pero con una misma poética: conocer es recordar lo que somos; solo lo afectivo permite sobrepasar los límites temporales; nombrar es sacar los asuntos del caos, aunque suponga una traición de ese mismo caos.

José Teruel

ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la preparada por José Teruel en *Obras completas III* (Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2010), con varias modificaciones ya especificadas o evidentes. Eliminamos el poema "A la Virgen del Carmen de El Boalo", de carácter circunstancial; incorporamos un apéndice con algunos de sus *collages*, aquellos con una impronta poética clara, de entre los conservados en el Archivo Carmen Martín Gaite de la Biblioteca Digital de Castilla y León; y recuperamos la grabación de parte de sus poemas que la autora realizó con Alberto Pérez y su sello discográfico Avizor Records, y que se incluyó en la antología *Poemas* (Plaza & Janés/Círculo de Lectores, 2001). También en ella apareció "A rachas", el prólogo que ya figuraba en *Obras completas III*, y que nuestra edición mantiene.

Desde la editorial agradecemos su generosa colaboración a José Teruel, Alberto Pérez y el personal del Archivo Carmen Martín Gaite, así como la complicidad de Miguel Á. Anoz y Patricia Caprile, de la Fundación Martín Gaite.

A rachas

A RACHAS

Como casi todos los narradores de mi generación, yo empecé escribiendo poemas. Algunos se publicaron en la revista universitaria salmantina *Trabajos y Días*, otros los copié en viejos cuadernos y muchos los confié simplemente a la memoria, como los juglares antiguos. Años más tarde, al recordar los que se me quedaron más grabados, los escribí cambiándolos un poco. Supongo que aquellos que sepultó el olvido será porque merecían tal paradero.

Recuerdo mis veraneos de adolescencia en la aldea de Piñor, cerca de Orense, la cuna de mi madre. Allí, subida a los riscos o perdida por el monte, inventé muchos poemas. Me gustaba recitarlos para mí misma en alta voz, especialmente los que tuvieron su germen en alguna de esas pasiones atizadas por el secreto, por la sed de lo inabarcable o por la prematura intuición del privilegio que supone estar viva. Aquella naturaleza agreste que barría las nubes y las normas, y que daba a elegir entre muchos senderos misteriosos, incitaba a la aventura, al peligro y al gusto por el escondite.

A pesar de que bastante temprano (más o menos al acabar mi carrera de Letras en Salamanca y trasladarme a Madrid) traspuse con empeño decidido el umbral de la prosa —vehículo de historias menos apegadas a la mía—, el vicio de anotar alguna impresión de esas que caen del cielo como un rayo o estremecen todo nuestro ser no desapareció por completo, ni le cerré la puerta a aquellas fugaces visitas de la poesía. Irrumpía en mi casa sin previo aviso, como un amigo calamitoso y algo enfermo que busca cobijo en un raro recinto aún milagrosamente indemne del naufragio, donde nadie le va a echar en cara sus ausencias. Se presentaba y lo inundaba todo con su olor a eucaliptus, intempestivamente, igual que se largaba luego sin despedirse: a rachas.

A rachas fue precisamente el título que en 1976, alentada por Jesús Munárriz, elegí para la selección de algunos de estos poemas, espigados entre viejos papeles o reconstruidos de memoria. Jesús estaba poniendo en marcha su colección de poesía Hiperión, hoy sobradamente acreditada; y la buena acogida de mi librito —aunque minoritaria, como era de esperar— fue dando pábulo a ediciones posteriores que, aun conservando el título original, se iban engrosando con nuevos poemas. A partir de la cuarta (de 1993, reeditada en 1996), eran ya tantos los versos añadidos que el libro pasó a llamarse *Después de todo*, pero siempre con el subtítulo de *Poesía a rachas*. Todo

lo que pudiera añadir ahora sobre la gestación de este libro estaría de más, considerando los preciosos y sucesivos prólogos escritos por Jesús Munárriz —a los que me remito— y en donde se cuentan detalladamente el proceso del mismo y mis propias vicisitudes. Además, el libro en cuestión no se ha exprimido totalmente al trasladarlo a disco. Han quedado fuera veintiséis poemas, algunos tan representativos como “Ni aguantar ni escapar”, “Diez coplas de amor y desgarro”, “Todo es un cuento roto en Nueva York”, “Espiga sin granar” o “El desorden antiguo”. En cambio, se incluyen dos inéditos: “Tres eran tres” —grabado en su día con música y voz de Amancio Prada— y “Hace tanto tiempo”, escrito en las Navidades de 1998.

Aunque no haya seguido un orden cronológico estricto, debo decir que los poemas de primera juventud terminan con el titulado “¿Era por aquí?”. Y el salto de la jovencita provinciana y soñadora a la mujer ya afincada en la capital, dueña de su destino y de su casa, se inicia en la presente selección con “Madrid la nuit”.

Pertenezco a una época en la que se leía en voz alta mucho más que ahora, y se tenía a gala el hacerlo con claridad y sin atropello, cuidando el tono y las pausas. Un arte enseñado en las escuelas, como algo natural para la comprensión y el deleite de la letra escrita. Y en mi juventud, cuando la cultura audiovisual aún no se había adueñado de los hogares, las calles y los locales públicos, aplastando con su fragor todo intento de diálogo pausado, la afición por leernos entre nosotros, en casa, en clase o en el café, textos recién saboreados a solas, constituía un placer que afianzaba la amistad.

A mí siempre me ha gustado mucho recitar, desdoblarme, representar lo leído, salir y entrar por la palabra impresa. En tertulias de amigos, en salas madrileñas como el café Manuela, el teatro Alfil y el Círculo de Bellas Artes; en el Alcázar de Toledo o el Palau de la Música de Barcelona, he prestado mi voz a poemas propios y ajenos, procurando transmitir la emoción que a mí me provocaban; era como echarlos a andar.

Así pues, me he decidido a grabar esta selección de poemas[2], para que se puedan escuchar de viva voz de quien los enhebró y les dio música propia, aprovechando la oportunidad que me ha brindado Alberto Pérez, director del sello discográfico Avizor Records, que se interesó desde el principio por la idea y que ha llevado a cabo la producción y edición del presente disco con la sensibilidad y el rigor que le caracterizan.

Y ahora, dejemos ya que hable la poesía.

Carmen Martín Gaite (2000)

Poemas de primera juventud

Tiempo de flor

Cuando el tiempo de flor
venga a fundir
la nieve en la montaña,
ya no te esperará mi corazón,
alondra.

¡Ay!, ¿cómo eran sus labios?
—cantará el surtidor.

De nuevo el mismo sol
se vendrá a los tejados, perezoso,
herido por el grito de los niños
que juegan en la plaza.
Y, como hoy,
la mañana despertará encendida
por fuera de mis ojos.

Pero mi corazón, alondra,
ya no te esperará.

Canción rota

Siempre que iba a cantar
algo se interponía
y a mí no me importaba,
¡había tanto tiempo!

Mi canción se quedaba en el alero,
confiada,
meciéndose en la espera
cuajada de horizontes.

Si alguna vez con mudo gesto antiguo
acaricio las cuerdas,
el aire se retira
y el corazón me late nuevamente
con aquellos latidos turbulentos,
heraldos de mi canto.

¡Ay mi canción truncada!
Yo nunca tenía prisa
y la dejaba siempre,
amor, para después.

Nubes

Las nubes de tormenta
al atardecido
son manos que me aprietan la garganta.

¿Por dónde se esfumaron,
qué viento las sopló?

Mi tierra tenía sed
y ha quedado estirada en una calma
de plomo y malestar.
Bisontes negros,
ensenadas de iris,
rostros de bruja en ciernes,
montañas galopantes,
huellas son de ceniza
que se apagan.

¡Ay!, se han ido las nubes
sin llover.

Pídeme que esté alegre

Aún me entra cielo azul,
y lo miro en mis charcos
reflejado a jirones.

Pídeme que esté alegre.
Si tú me lo pidieras,
en un caballo blanco subiría,
en un caballo bravo y montaraz.

Pídeme que esté alegre
y correré a ponerme
atavíos de fiesta,
abriré las cien puertas de mi casa
y saldré entre piruetas
y saltos de través
aturdida de sol,
y a las verdes palomas
daré migas de pan.

Pídeme que esté alegre.
En un caballo blanco correría,
en un caballo loco y montaraz,
si tú me lo pidieras.

Rastro borrado

¿No ves cómo se borra el humo de mi imagen
delante de tus pasos
lo mismo que las huellas
del ciervo fugitivo
se borran en la senda?

Nunca sabré cómo seguiste andando,
cómo te levantaste para seguir andando
al despertar de nuevo
la luz en tus ventanas,
ni a qué desván relegas
los jirones de mí que te quedaban,
jirones de mi cuerpo y de mi rostro
creados para ti.

Tal vez no te das cuenta,
pero mira delante de tus pasos.

¿No ves cómo se borra el humo de mi imagen
lo mismo que las huellas del ciervo fugitivo
se borran en la senda?

Callejón sin salida

Ya sé que no hay salida,
pero dejad que siga por aquí.
No me pidáis que vuelva.
Se han clavado mis ojos y mi carne,
y no puedo volver.
Y no quiero volver.
Ya no me gritéis más que no hay salida
creyendo que no oigo,
que no entiendo.
Vuestras voces tropiezan en mi costra
y se caen como cáscaras
y las piso al andar.
Avanzo alegre y sola
en la exacta mañana
por el camino mío que he encontrado
aunque no haya salida.

Por el mundo adelante

Me atrapa como un pulpo
el color ya sabido de las cosas,
me asfixian mis sonrisas,
no respiro en las de ellos.

Dormí noches y noches
con el balcón cerrado
y al recordar después
la imagen mentirosa,
multicolor del sueño,
siempre había a mi lado unos oídos
y unos ojos abiertos,
me gustaba amasar
mi falaz pesadumbre
ante el espejo aquel.

Abrid ya las ventanas.
Adentro las ventiscas
y el aire se renueve.
Quiero huir de los ámbitos
calientes y tapiados,
salir sin compañía
por el mundo adelante.

Desembocadura

Y siempre queda más agua en mi pozo
y si me asomo al borde
es más hondo y me asusta en su negrura.

Siempre queda más agua
y no quiero beber
los cubos que he sacado.
Solo quiero seguir en mi tarea
de verlos cómo suben
derramando agua viva una vez más.

Enredaré canciones y canciones,
desparramando trigo
en era de verano.

Y no habrá oído nadie nada nuevo
ni habrá bebido nada nuevo.

Y cuando muera,
mi pozo seguirá todavía lleno,
no mudado, profundo,
y desembocaré.

Me pesas como un fardo

Me pesas como un fardo, primavera.
No tengo fuerzas para alzar de nuevo
la antorcha de mi risa y de mi engaño
contra tus hojas nuevas.

Ya no es tarde ni es noche.
En la plaza los pájaros se persiguen, antiguos.
En la plaza se encienden los faroles.

Me pesas, primavera.
Henchidos de tu zumo,
los niños se han perdido de la tierra.
Buscan aquel palacio de ahora mismo,
apagado de pronto en el ocaso,
apagado al final de sus veredas.

Antigua tarde. Pájaros antiguos.
Bajo un cielo cuajado de lunares
se encienden los faroles
y se pierden los niños.

Me tumbo bocabajo,
no tengo fuerzas para alzar de nuevo
la antorcha de mi risa y de mi engaño;
primavera de luz inabarcable,
me pesas como un fardo.

Destello

Hoy habláis otra lengua,
lirios que os despeináis
bajo la lluvia.
Miré vuestras corolas:
«Otros son tierra y cal,
yo soy el pino,
la mañana y la música
—leí— soy el instante».
Voy a cerrar los ojos,
no olvide la lectura,
no se enturbie la imagen,
y me iré sin miraros otra vez.
¡Ay! Cuando vuelva a veros,
¿sabré ya comprender este lenguaje vuestro
que un minuto ha rasgado mi tiniebla,
lirios que os despeináis bajo la lluvia?

Luna llena

Fuera del mundo, ausente,
mellada contra andamios,
has nacido otra noche
con tus venas azules,
igual que un globo inflado,
luna llena.
Globo inflado te llamo,
otros rostro de muerta,
nave, farol, pandero,
o blanca rebanada
o novia o meretriz
te llamaron por turno.
A tu luz se acogieron deslumbrados,
tristes y balbucientes
los poetas,
frioleros y turbios,
estremecidos, los enamorados.
Te invocaron sin tregua
a lo largo de un río subterráneo
de palabras marchitas
que viene desde Safo y Rosalía
a morir en mi boca.
Jugamos a invocarte,
levantamos antorchas de mentira
que sólo manosean tu vestido de tul.

Y tú, intacta y desnuda,
te escapas, luna llena,
subiendo apenas perceptiblemente,

navegando la noche con oblicuo reflejo,
como si nos oyeras, como si nos miraras.
Nadie te alcanzará,
ni por tu hueco abierto a incógnitos paisajes
ha atravesado nadie.
Tú rozas con tu luz la otra ladera.

Despertar

Me han roto un sueño frágil
a golpes de estallido amortiguado,
efímero y aleve.
¿Quién y adónde se lleva los fragmentos?
Me despierto en un bosque sin senderos.
El rumor de los pasos
era mi única guía
y el cuenco de mis manos apretadas
el cofre de aquel sueño.
Me despierto en un bosque enmarañado
con las manos vacías,
sin tesoro ni brújula,
sin saber por qué ruta
huyeron los ladrones,
si los hubo siquiera.

Porque —ay— en este bosque,
huérfano de señales y senderos,
tampoco existe el eco
y no sé si la voz que enhebra esta canción
es o no verdadera.

Velero de sueños

¡Ay!, si ya no estuvieras,
si no te viera más,
si tocara ahora mismo con mis dedos
el evidente hueco de tu ausencia
y sintiera la sed de tu distancia,
se me llenaría el alma,
como un huerto,
de naranjas amargas y tardías.
Pero ¿cómo sería ese sabor?
A fuerza de añorarlo ansiosamente,
me embarco en el velero de mis sueños
huyendo de tu olor y tu contacto.
¡Ay!, si ya no estuvieras,
con qué hondura y qué fuerza
de marea salobre te querría.

Flores amarillas

Mi prado estaba lleno
de flores amarillas
y yo las arranqué.
Ya nada tengo.
Por el tallo cortado
sube una áspera savia
hasta mi corazón.
Se hace inmensa la tarde
y todo sabe a lo que pudo ser.

Días azules

Se fueron desgajando
del racimo del tiempo
unos granos azules y redondos.
Parte se deslizaron
sin ruido por mi espalda,
otros cayeron en aquella copa
que sostenía alegre entre las manos
y yo me los bebía
como el zumo dorado de las uvas,
sin saber que eran tiempo.
¡He dormido tan cerca
del reloj de pared!
Y sin embargo
no entendía, al oírla,
la canción de sus lentas campanadas.
¿Quién ha vivido, amor, dentro de mí,
mientras se deslizaban esos días
azules y redondos?

Telarañas

¿De qué reino distinto habéis surgido,
tenues, firmes, absurdas telarañas?
Urdidas contra el viento,
llorando con la lluvia,
perdurando y brillando,
sin apoyo visible,
a la luna y al sol,
ebrias y desplegadas,
clavicordio de plata con la luna,
hebras de iris al sol.
¿De qué reino distinto habéis surgido,
quién os teje y defiende,
tenaces, inquietantes telarañas?

Certezas

Habéis empujado hacia mí estas piedras.
Me habéis amurallado
para que me acostumbre.
Pero aunque ahora no pueda
ni intente dar un paso,
ni siquiera proyecte fuga alguna,
ya sé que es por allí
por donde quiero ir,
sé por dónde se va.
Mirad, os lo señalo:
por aquella ranura de poniente.

Otro otoño

Otoño agita sus quebrados brazos
y llama a mi cristal.
¡Oh acobardados pájaros,
oh inédita pintura
de nubes ateridas,
apretadas y cárdenas!,
ya no me sois bastante.

Acecho en la ventana
y todos los rumores
me parecen aquel
de los pasos que espero.
Pero sólo es el viento
barriendo hojas de trapo
con sus manos de trapo.
El banco del jardín está vacío
y las torres se afilan y oscurecen
contra ese cielo de color cinabrio.

Cada vez mis membrillos
se ponen más enfermos.
¡Ay, amor!
¿por qué tardas en venir?

¿Era por aquí?

¿Era por aquí?
¿O he perdido el camino?
Casi llego a lo alto de la cima
y aún la vislumbro un poco,
si vuelvo la cabeza,
serpenteando allá abajo,
la veredita aquella
orlada de manzanos.
Tal vez era la mía.
Y las voces de antaño
me despiertan.
Sopla un viento muy frío,
noto un poco de vértigo
y tengo que seguir
subiendo como pueda,
sin mirar para atrás.
Ya casi estoy llegando
a lo alto de la cima,
y me pregunto si era por aquí.

Muerte necia

Se me ha gastado el día,
atropelladamente
en idas y venidas,
en gestos y recados
que al hacerlos juzgaba necesarios.

Desperdiciado, débil y oscilante
el número equis ene de mis días
era un cabo de vela
y afuera lucía el sol de la mañana.

El sol se hunde en silencio
y sopla las bujías
y se envuelve en su mano como un rey.

El número equis ene de mis días
murió de muerte necia.

Ahora lo estoy llorando
cuando veo a las nubes
ponerse un traje grana
para morir también.

Amor muerto

Ya ves. Pronuncian tu nombre,
se vuelven a mirarme y cuchichean,
se ríen entre sí.
Yo me encojo de hombros.
Y no entienden que vienen a destiempo,
que tu nombre ya no me sobresalta,
aunque todavía duela
ese lugar sin localización
donde estuvo incrustado,
de donde tanto me costó extirparlo,
un dolor desvaído que produce extrañeza,
que da cierta dentera,
como un parto fallido.
Pero nada les digo,
porque es que me da igual.
Me miran de reojo, siguen cuchicheando
y, espiando rubores, posibles disimulos,
o tal vez una lágrima furtiva,
me provocan lanzándome tu nombre
que ya no sobresalta,
que tengo que esforzarme para hacer coincidir
con el que pronunciara tantas veces
entrecortadamente,
abrazada a la almohada
con los ojos insomnes acechando el vacío
en espera del alba.

Espiga sin granar

Nunca me acerco tanto a ser mujer
como cuando abandono mis palabras,
repliego el abanico
tras el que ensayo risas de gioconda,
desciendo del tinglado de mis gestos
por peldaños estrechos y gastados
y me quito en silencio, a oscuras,
los adornos.

Alguien está conmigo a quien no veo,
que me recoge el alma como un traje arrugado
y me la va subiendo de los pies a los hombros:
la mujer que seré.

No alcanzo todavía a mirar cara a cara
a esa mujer secreta, que apenas si aletea
cuando deja de oírme trajinar
y avizora en la gruta del silencio
inexorables sendas
que algún día tendré que recorrer
y que ella ya conoce, recorre y selecciona
con su dedo de aire
entre la red tupida de señales
de un mapa estrafalario.
Nunca veré sus ojos de sibila.
Ahora porque no llego a ellos, de tan altos,
de tan imprevisibles,
y un día —no sé cuándo— porque serán los míos
—¡qué curioso pensarlo!—,

sustituirán el brillo mendaz de los espejos
y abarcarán muy serios,
bajo un toldo de sombra
—¿por qué pienso tan seria a esa mujer?—
la figura lejana e irisada
de aquella adolescente
que soñaba una vez con conocerla
y le mandaba a ciegas
mensajes como este que ahora escribo.

Dime dónde estarás cuando lo leas,
mujer de la mirada indescifrable,
dónde estaremos cuando lo leamos,
qué habrá sido de mí dentro de ti.

Escondo la cabeza entre los brazos
y contengo el aliento.

«Espera —espera— espera»,
canta el viento azotando mi guarida
y apagando la llama
del último candil.
Y la palabra espera es un camino
serpenteando incógnito
entre rachas de bruma.

Domingo por la tarde

Domingo por la tarde en la ciudad inerte.
Me llaman los portales desdentados,
como boca de vieja
que cantase canciones de niñez.
Las sombras en la piedra.
Las nubes enganchadas en la torre,
pinchadas, desangrándose.
Los niños que se aburren,
que se espían en torno de la fuente,
sin entender por qué
siempre han de inventar juegos.
Enredado a mis pasos,
el tiempo se demora sin oficio,
igual que una pelota desinflada.
De pronto me parece que te busco
desde otros años y desde otra luz,
mi ciudad estancada de domingo,
que voy desentrañando con paciencia y esfuerzo,
pieza por pieza, la perdida imagen,
descifrando sus signos.
Me paro unos instantes trastornada en mitad de la acera,
herida por la aguja alevosa del futuro,
me tropiezo con alguien
—«¿en qué va usted pensando?»—
y le pido perdón atolondradamente,
hombre o mujer, no sé, llevaba abrigo oscuro.
Tal vez me va siguiendo con la vista
mientras reemprendo mi paseo sin rumbo,
mi zigzag indolente de domingo

por las calles angostas y sombrías, en espera de nada,
tan sólo, en todo caso, de que la noche borre la ciudad.

Sucedáneos

Mis versos sólo valen ahora,
ya lo sé,
antes de que la pluma y el papel
aliados al fin con mi consentimiento
vayan sustituyendo en un burdo remedo
al aguijón de luz que me traspasa
e ilumina el lugar donde está cada cosa
con fulgor huidizo, irrepetible.

Mis versos sólo valen ahora,
ya lo sé,
cuando oigo este zumbido
dentro de la cabeza
y mis labios se llenan
de una dulce torpeza
invocando palabras
que cuando al fin descienden
harán traición a todo lo que miro
y a la perplejidad de mi mirada.

Mis versos sólo valen ahora,
no cuajados,
antes de que esta cruda desazón,
que ya se me está haciendo irresistible,
guíe mis pasos hacia el escritorio,
y me dé por vencida en el intento
de aguantar a pie quieto
la lucha de mi cuerpo con su sombra
para ceder las armas y el terreno
al papel y la pluma.

Batalla perdida

El paisaje se extiende al otro lado
y es como un signo de interrogación.
Nos paramos altivos a indagarlo
desde un terco abejeo de zozobra,
soñando con poder sincronizar
su mudanza y la nuestra,
escudriñar sus vísceras mortales,
teñirlo de nosotros,
conquistarlo y hacer su disección.
Pero él se limita a estar ahí,
impávido, regido por sus leyes secretas,
inmune a las de nuestra intemperancia,
que brama y se acrecienta
al no hallar enemigo.
Y entonces lo negamos,
gritamos su mentira,
le volvemos la espalda,
reivindicando trémulos con agresivo verbo
la superioridad de todo lo que estalla
en mezcla incongruente,
de la pasión efímera y mudable,
del vómito y las lágrimas,
de la perturbación y del dicterio,
de la muerte y la sangre.
Pero cuando más tarde o más temprano
el furor de la arenga nos derriba,
en el paisaje nítido —donde al cabo los ojos
errantes y extenuados buscan la paz de nuevo—
no queda rastro alguno de batalla.

Han cambiado las nubes de dibujo
imperceptiblemente,
en la cinta del río se trenzan los reflejos
y el perfil de los tesos y los árboles
es más firme a la luz morada del crepúsculo.
Nada logró alterarlo.
A nuestro lado, a leguas de distancia,
se derrama el paisaje
ajeno e invencible.

Encierra la pregunta y la respuesta.
Nos sobrevivirá.

Convalecencia

En la tarde de otoño,
cuando he abierto los ojos,
la voz dulce y sensata de mi madre
viene de otro hemisferio
que ya no sé alcanzar.
Habla de la merienda,
de sábanas planchadas,
de poner el termómetro.
Y un bullicio de niños
que salen de la escuela
brinda desde la calle
un contrapunto lánguido,
entreverando pausas que se estiran.
Yo estaba en otro sitio
—¿dónde estaba?—.
De todo lo que veo y lo que oigo
me separa el sabor del paladar,
una sed agridulce.

Pues parece que tienes menos fiebre.
Ahora te traigo el agua de limón.

No es eso, no era eso.
Yo estaba en otro sitio.
Al raso. Corría el aire.
Nadie me conocía.
Había ruido. Había riesgo.
Va a repetirse todo, me aburre esta función.
No cierres el balcón,

espera, te lo pido, un momentito más,
que no entra frío,
no corras todavía la cortina.
Deja abierta, mi dulce carcelera,
la ranura del sueño.
Ella me mira y dice:
Tienes los ojos tristes, ¿en qué piensas?
En nada, digo yo. Y sus pasos se alejan.

Podría huir ahora.
En los cuentos de niños
¡resultaba tan fácil la transfiguración,
el brinco audaz y súbito!

No quiero más paredes,
más mantas ni jarabes,
yo sé lo que me cura y lo que no,
respirar de otro modo necesito.
Ahora mismo podría,
si tú me dieras fuerzas,
oh hermano Peter Pan,
saltar desde la cama hasta el balcón,
del balcón a la torre de la iglesia,
donde los monaguillos ya se aprestan
a iniciar un tañido
que nunca es aventura.
¡Oh, el riesgo de salir,
arrebujada en camisón liviano
a conjugar la fiebre,
desafiando el frío de la tarde,
sobrevolando plazas y callejas,
ventanas que se encienden

y bultos de mujeres que acuden al rosario,
esquivar en zigzag el campaneo
de toda la ciudad,
abrirse al campo ignoto, sin paredes!

Poemas posteriores

Primera entrega

Jaculatoria

No te mueras todavía.
Tu tristeza a mí me salva
lo mismo que tu alegría.
Malva al alba,
amarillo al mediodía
y a la noche otra vez malva.
No te mueras todavía.

No tienes un color fiel,
te van todos los colores
de la gama.
Ocre si estás en la cama,
verde si estás en la hiel,
gris acero si cruel,
azul negro en la porfía
y colorado en la llama
de fiesta o de rebeldía.
Que no te cuelguen cartel,
no te mueras todavía.

Echa tus tonos al día
como a una hoguera y confía,
que lo que arde no se pierde.
Me caliento en tus colores.
Aún te quedan resplandores
de naranja y ya eres verde
con una estría de rojo
y de turquesa otra estría.
Tu confusión es la mía

y en mi espejo la recojo.
No te mueras todavía.

Ni te quedes condenado
sólo al blanco o al morado,
ni te vuelvas transparente,
tan simple y desustanciado
como te quiere la gente.
Tú engrosa el caldo del día

que aún hay quien oye y quien siente
lo pasado y lo presente.
No te mueras todavía.

Y en tiempo de incertidumbre
arde también en su lumbre,
tan exenta de color
que corroe los que había.
No caigas en la costumbre
de inventar vida y amor
si el almacén se vacía.
A pie quieto en el terror,
a solas en la agonía
y aun cuando nada te alumbre,
no te mueras todavía.

Ni aguantar ni escapar

Ni aguantar ni escapar
ni el luto ni la fiesta
ni designio ni azar
ni el llano ni la cuesta.

Ni puro ni perverso
ni denso ni vacío
ni en uno mismo inmerso
ni extroverso
ni abrasador ni frío.

Ni de ida ni de vuelta
ni al margen ni en el ajo
ni pasión ni desdén.
Vacilación resuelta:
con el suelo debajo
por entre el mal y el bien.

Ni cubierta la faz
ni mirando al abismo
ni a mandobles ni en paz
que viene a ser lo mismo.

Ni falta de criterio
ni sobra de juicio
ni un carnaval tan serio
ni el dicterio
tan sacado de quicio.

Ni súbdito ni rey
ni a cualquier viento hoja
ni el paso altivo y fuerte.

Por donde pisa el buey,
pero en la cuerda floja,
mientras llega la muerte.

Campana de cristal

A veces yo querría haber seguido
en aquella campana de cristal,
todo limpio y pulido,
tamizada la luz, clara e igual.

Pero estas inherentes cicatrices
grabadas día a día en la memoria
en muebles y pasillos,
en lo que digo y dices,
han escrito una densa y sofocante historia,
ceniza que se cuela entre visillos.

Sol frío, luz de nieve, resplandor,
por la plaza mayor
cruzo con mi cartera de estudiante;
mi madre dice desde el mirador
de la casa varada, apaciguante:
Quédate aquí, no crezcas, que es peor.

A veces yo querría haber seguido
en aquella campana de cristal,
todo limpio y pulido,
tamizada la luz, clara e igual.

Nombre escondido

No le digas mi nombre
—nunca no—
a los demás.

Yo te cambio mis ojos por mi nombre,
pues se echan a vivir y a tener luz
desde que tú me llamas.
Luego, cuando te vayas,
no dejes ahí tiradas las fichas de mi nombre,
recógelo, llévatelo contigo.

Haz con él lo que quieras:
conviértelo en colores,
en conjuro, en hoguera,
mételo en tus retortas,
písalo en tu lagar,
sácale vino y miel,
fermento y alegría.
Y el fruto de esa alquimia
dáselo a los demás a manos llenas;
que circule, en mi nombre,
entre cuantos te vean y te hablen.

Pero mi nombre, no.
Guárdalo tú mi nombre,
dilo a oscuras,
que sólo para ti deja de ser opaco.

Descarrilamiento

Nos hemos despertado,
la máquina hecha añicos,
disparados a miles de kilómetros,
con este malestar de madrugada
en un campo sin árboles
entre pavesas frías,
magullados los huesos
y seco el paladar.

¿Cómo pudo ocurrir el descarrilamiento?
Ahora mismo, hace un rato,
ya no sé si te acuerdas,
íbamos por el campo
en un tren rojo
de pitidos triunfales
y el aire se metía por todas las ventanas.

Ahora mismo, hace un rato,
deja que te lo cuente,
tuvimos en las manos
palancas, manivelas y clavijas
de una locomotora que inventábamos
casi sin darnos cuenta.
Éramos fogoneros, viajeros, revisores
en aquel gran tinglado fulminante
solamente habitado por nosotros.

«¿Te parece —te dije— a doscientos por hora?»
Y tú manipulabas allí gesticulando
a la luz de las chispas que nacían.

Nos hemos despertado
entre pavesas frías,
magullados los huesos
y seco el paladar
en un paisaje inhóspito.

¿Cómo pudo ocurrir el descarrilamiento?

Amor nómada

Cada pitillo una carta
y cada carta un amor
y cada amor una herida.

Así vas tú por la vida,
dulce poeta menor
de la palabra fingida.

Cuando han prendido la llama
tus ojos levantan vuelo
a hacer noche en otra tierra,
ciegos a quien los reclama
y a su celo,
corazón de fuego y guerra
que conquista y nunca ama.

No hay reposo ni guarida
para tu breve fulgor,
incierta hoguera aterida.

Así vas tú por la vida,
dulce poeta menor
de la palabra fingida.

Villancico de cumpleaños

Por San Blas
un prodigio verás.

Con nieve y con cierzo
verás la cigüeña
por tierras del Bierzo.

Aún a medianoche
la vieron volar
niños y pastores.

Dejan fuego y cama,
dejan sueño y leña
por ver dónde posa
aquella cigüeña.

Trae bulto en el pico,
la miran las gentes
que al campo han salido.

¡Flautas y zampoñas
arrullen al niño!
Niño de nevada
—cantan los pastores—
nunca tendrás nada.

Mirarás la nieve,
mirarás las nubes
con tus ojos verdes.

Mirarás el sol,
mirarás la lluvia,
cogerás el sol.

Ni plata ni oro,
nueces y manzanas
serán tu tesoro.

Mirarás la luna,
mirarás el campo

ya desde tu cuna.

En aquel tejado
posó la cigüeña:
la madre del niño
se llama Teresa.

Niño de nevada,
de Teresa Prada
tan sólo tendrás
canción y mirada.

Mirada y canción,
no cierres los ojos,
no pierdas el son.

Escondite inglés

Una, dos y tres,
escondite inglés,
a esa niña de rojo
ya no la ves.

Jugaba con naranjas,
les mordía el zumo,
arrancaba tomillo,
niña de humo.

Baja a la calle,
vuelve a subir,
las estrellas la miran
no se quiere dormir.

Cuéntame un cuento,
cuéntame ciento,
dame la mano,
se la llevaba el viento
de aquel verano.

Una, dos y tres,
escondite inglés,
a esa niña de rojo
ya no la ves.

A un poeta joven

Me pregunto
por qué quería vivir,
a quién quería mostrarme,
y solo veo ya
celajes grises.

Lo que no ha conseguido
—en penosos tanteos—
mi pesquisa tenaz,
baldía y embotada,
me lo trae esta tarde
una palabra: «otoño»
indiscutible y súbita
espejada
emitida
rescatada
por un poeta
—tú—
de veinte años.

La tensión con que el brazo
disponía la flecha
en aquel arco
al amarillear primero de las hojas.
Un amarillo que no he vuelto a ver
y que en sí mismo
todo justifica.

Chantajes

¡Ay, cómo lograría meterte en la cabeza
que quiero ser tu amigo,
si explicarme contigo
me da tanta pereza
que nunca lo consigo!

Déjate ya de tanto toma y daca,
de permutas y ventas,
cierra el libro mayor.
Ventaja ni provecho nadie saca
ajustando las cuentas
en cuestiones de amor.

Ni te obstines tampoco
en regalarme llanto
a cambio de tu fe
y tu fidelidad,
que si me abrumas tanto
todo te lo daré,
pero dime ¿a qué santo
embalsamar verdad?

La verdad sufre daño
fría y embalsamada,
lo debes comprender
y no pedirme que recuerde nada
de lo que dije antaño
hace un año
o ayer.

Las lágrimas ya bajan por tu cara
pálida y pensativa,
¡qué le vamos a hacer!
ellas son tu razón definitiva,
no llores más, mujer.

¡Ay!, ¿cómo lograría meterte en la cabeza
lo que en tocante a amores pienso yo
si explicarme contigo

—ya te digo—
me da tanta pereza
que nunca lo consigo?

… En fin, olvídalo.

Madrid la nuit

Echa hilo a la cometa de la noche,
que aún queda algo de viento.
Amenazado vives, al raso, crepitando,
como una hoguera al cierzo
gastando tus cartuchos con saña y desafío,
pólvora en salvas, llama del momento.
Por el Madrid de Dato y La Caramba,
del Motín de Esquilache y de Fernando Séptimo,
por el Madrid del Goya de los fusilamientos,
de Larra, Espoz y Mina y Aldecoa,
Madrid hortera y siniestro,
vas dando tumbos, recordando historias,
por calles que eran gente de apellido compuesto,
aguantando la noche con quien caiga,
con amigos topados a voleo,
a los que dices «pero no te vayas»,
«quédate otro ratito por lo menos»
y «aquí una copa para la señora»,
a un camarero y otro camarero,
en locales que cierran aún más tarde,
que quedan aún más lejos,
zigzag de rutas donde vas gastando
suela de tus zapatos, palmadas a serenos,
saliva con que hacer rodar mentiras,
gestos que se dirían verdaderos,
mil pesetas ganadas a los chinos,
alaridos a un taxi, giros del minutero,
cerillas, labia, risa,
y el don tan frágil de no haberte muerto.

… Ya surge el rostro gris del día siguiente
—muro lívido y terco—.
Tienes frío, estás solo, y hay que esconder el miedo.
Echa hilo a la cometa de la noche,
que aún queda algo de viento.

¿Quieres jugar?

«¿Quieres jugar conmigo?»
Preguntaban: «¿A qué?»
«Antes, a ser mi amigo.»
«¿Y luego? ¿Antes de qué?»

Esto antes, esto luego
—era un conato eternamente en vano—,
abortaban el juego
por exigir las pautas de antemano.

… Me perdí en solitarias invenciones
y una luz clara y fría
me acompañó por sendas y rincones.
¡Claro que se podía!

Libros y papeles

Libros y papeles,
el gran perdedero
de un recto camino.
Cantando las mieles
de lo que no quiero
me bebo el ricino.

Echa los cerrojos,
enciende el farol,
y aguántate el frío.
No sepan tus ojos
si ha salido el sol
o hay gente en el río.

Tanta queja disecada
de los muertos y los vivos
en estantes y anaqueles
y tanto afán para nada:
para llenar los archivos
de libros y de papeles.

Pero tú aguanta marea
y no tires de la manta:
perderías la guarida.
Aún queda tarea
—¡y tanta!—.
Aguanta,
que no queda tanta vida.

A paso de hormiga,
despacito, hermana,
y por tus rieles.
Manta zamorana
que pesa y no abriga,
libros y papeles.

¡Valiente edredón
de palabra vana!
Manta zamorana,

tapa y no consuela.
—En su condición.
Cada palo, hermana,
que aguante su vela.

Mi ración de alegría

Defiendo la alegría,
la precaria, amenazada,
difícil alegría,
al raso, limpia, en cueros,
mi ración de alegría.
No me arrastréis al pozo
de las verdes culebras.
No os arrojo a la cara mi alegría,
os la tiendo tan sólo
como una débil luz, como una mano.
No es ningún baluarte
ni ningún ofensivo privilegio,
es mi único utensilio cotidiano,
mi tela de labor.
No tengo otra bandera
y ostenta unos colores ya un poco desteñidos;
mirad que la levanto a duras penas,
contra viento y marea,
sin sombra alguna de provocación.
Es parcela pequeña, minifundio,
terreno sin cercados ni aparceros
que aro, riego y abono por mí misma,
con fe, de sol a sol.
Tomad el pobre o rico,
el cuestionable fruto
que desde ella os ofrezco,
pues sólo desde aquí
os consigo mirar, ayudar, entender,
poner tal vez en claro alguna cosa.

No me la reprochéis ni adobéis de negrura
como un reducto inmundo, segregado;
ved que no la defienden ni pinchos ni alambradas
y que podéis pasar aquí conmigo al sol.
No me arrastréis al pozo
de las verdes culebras.

Basta

Para guardar silencio,
vaciarse de afanes e intenciones,
de avisos y designios,
para dejar, por fin,
de incidir con el nuestro
en el rumbo de otros,
para no interferir su libertad,
nada sirve quererlo,
ni decidir aquello o lo contrario,
o una mezcla amañada de determinaciones.

Determinar, querer y decidir
son gesto sobre gesto,
violencia y compulsión,
ademanes ambiguos
en el viejo tinglado giratorio.

Sólo cerrar los ojos bastaría,
contener el respiro y la memoria,
las manos sobre el pecho,
decir «me apago aquí»,
y no rebullir más
ya para nadie.

Let it be

No avizores ya más
en el montón de ayer
con los ojos avaros
de un viejo zahorí.
Tampoco hay rutas nuevas,
no, mujer,
ríete de los faros,
let it be.

Hicimos, Rafael,
barquitos de papel,
los lanzamos al río,
no están aquí ni allí.
Lo que se fue no está,
lo que venga vendrá,
nada es tuyo ni es mío,
let it be.

Diez coplas de amor y desgarro

1

Al alba,
me desperté, amor, al alba
y qué sola me sentía
mirando cuajarse el día
y aquel poquito de malva
que por naciente venía.

2

No quiero riquezas vanas;
de tu mano donde vayas,
amor, yo quiero saltar
todas las barreras payas
y las hogueras gitanas
que el mundo nos quiera echar.

3

Charlatán embaucador,
qué me importa si fingías
con tus palabras de amor.
Para aquellas penas mías
no hubo bálsamo mejor,
amor, ¡qué bien las decías!

4

Desde que vino el verano
hay una hoguera apagada.
Toco tu pelo y tus manos
y oigo tu voz, pero en vano
te busco ya la mirada.

5

Escucha lo que te digo,
compañero, dulce amigo,
de sinsabores y empeños:

No te dé Dios más castigo
que tener a otra contigo
cuando me llames en sueños.

6

¿Te acuerdas, amor, de cuando
sólo querías mi alegría?
Ya te di cuanta tenía.
¿Para quién estoy llorando?
De poco me serviría
saber adónde te mando
esta cuenta tan baldía.

7

Te invoco desde la ira
y desde la soledad:
ven a mis ojos y mira
que sólo vendo verdad;
si quieres comprar mentira
¡largo de mi tienda ya,
que eso aquí sobra y se tira!

8

Crees que están tocando a olvido,
sin despedirte te vas,
ninguna cuenta te pido.
Pero no mires atrás,
si quieres no volver más,
que en la fuga vas herido
y un rastro rojo verás.

9

Si llegara hasta tu oído
por algún extraño acaso
que publico que te olvido,
amor, tú no hagas ni caso.
Son ganas de meter ruido,
miedo de dormir al raso,
¡qué más hubiera querido!

10

Del azar ya nada aguardo;
lo dulce con el veneno
me lo echo al hombro en un fardo.
No sé si el camino es bueno,
no sé si tardo o no tardo,
dónde voy, ni por qué peno.

Poemas posteriores

Segunda entrega

Pieza clave

Desde aquel antifaz descabalado
entre las otras piezas
implorabas de mí
desesperadamente
que guardara tus ojos.

Si alguna vez ahora,
entre los otros sustos de la noche,
te asalta por ventura el de temer
que aquella petición
emanada de ti en zigzag subterráneo
también se haya hecho añicos
contra el muro del tiempo,
igual que las palabras,
los gestos y los pasos
que al raso nos unieron,
yo te digo que no.

No vino por pasillos
de tribunal supremo,
no la trajo un ujier,
no tenía una póliza
—esa es su garantía—,
corrió por vericuetos
audaces y sombríos
hasta mi corazón
burlando la guadaña,
pegó un aldabonazo
al margen de la ley.

Por aquella mirada
—lo eterno es lo furtivo—
conocí lo que eres
para siempre.

Duerme, no se ha perdido,
no me la quitarán.
Nadie —nunca— jamás
quitó lo que ignoraba.

La guardo para siempre
aquella ficha del rompecabezas
en mi puño cerrado.
Abre mi puño tú, dedo por dedo,
y no encontrarás nada
—esa es su garantía—
más que rayas de bruja.
Nada de nada, duerme,
amor —nada-de-nada—.
Duerme, triunfa y sonríe,
provoca, muerde y ruge.
También puede mentir el calendario
pintando de amarillo
con rutinaria saña
las hojas del Retiro.

La guadaña del tiempo
nunca ha alcanzado a prados intangibles.

¿Qué hacer con las palabras?

¿Qué hacer con las palabras,
rebaño pertinaz
que antaño respondía
al silbo del pastor
y trotando por riscos
y por desfiladeros
venía a congregarse
bajo la luz morada
en el aprisco?

Hoy sucias, desolladas y vencidas,
cumplen con su retorno rutinario.

Las miro alrededor,
cada cual por su lado;
no sé qué quiero de ellas
ni logro recordar quién las puso a mi cargo
ni adónde he de llevarlas.
Se van emparejando a trompicones
en arabesco ciego, incomprensible,
por mis sueños adentro,
mientras la noche sorda
se desploma.

Todo es un cuento roto en Nueva York

En memoria de William Carlos Williams

Buscadla por Manhattan,
entre las escombreras de chatarra,
los coches de bomberos,
los anuncios, los locos, los cubos de basura,
las vitrinas lujosas y las paredes rotas,
entre los resplandores de gris y de amarillo,
que no la encontraréis,
que se escabullirá
arrojada al montón de manchas movedizas,
jugando al escondite, transformándose,
camuflada en el humo que sube a la calzada
desde las vísceras de la ciudad
por fauces entreabiertas
igual que tapaderas de la olla del infierno.

Tal vez habéis creído atisbarla un instante
en la calle Catorce con la Quinta avenida,
diréis «allí la veo», apretaréis el paso,
os subiréis el cuello del abrigo
y os brillará en los ojos gesto de detective;
pero en un parpadeo de semáforo
—del *walk* al *don't walk*—
se habrá desvanecido la ilusión de su imagen
y no quedará rastro
de la silueta vaga, fugaz y discutible
que llevabais soñada en la retina
porque acaso la visteis en un film.

Tal vez se ha disfrazado
de esa vieja señora con la gorrada calada,
zamarra de piel vuelta
y pantalones dentro de las botas,
capaz, aunque le cueste,
de aguantar las lentillas
con cierta compostura y desafío
por debajo del rímel pegotoso,
disimular que va mascando chicle,

mientras mira al vacío en el *subway*
rodeada de seres delirantes,
solos, ansiosos, ciegos,
que no repararán en sus esfuerzos
por ensayar sin éxito y sin público
un remedo de gesto soñador y de sonrisa altiva,
ya mera comisura rutinaria entre una red de arrugas,
mientras finge embeberse en los sucesos
de crímenes y guerras y desfalcos
que vienen relatados en el *Times*,
tras el cual se amuralla.

Caminará indolente y abstraída
sin despertar sospechas
cuando emerja a la calle
en el desmadre de Columbus Circle
y el viento le dé vuelta a su paraguas rojo,
lo arranque de sus manos afiladas
y se lo lleve haciendo remolinos
cual barco a la deriva,
sorteando autobuses y camiones
bajo el súbito embate
de un chubasco inclemente.

Los ojos distraídos, embotados,
atentos a enhebrar las señales del tráfico
con el hilo interior de su propio negocio,
seguirán un instante
el rumbo presuroso y giratorio
de aquella mancha roja
con zigzag de suicida o de borracho
a medida que va saltando charcos,
papeles arrugados, desperdicios, colillas,
que se agolpan en torno al sumidero
y quedan atrapados
junto a los borbotones de agua sucia.

Nadie vuelve la cara
para indagar a quién
le ha arrebatado el viento ese paraguas,
pero aunque la volvieran,
la señora del *subway* ya no está.

Buscadla entre la gente que hace cola en el cine,

o al borde de la acera a la caza de un taxi
o en algún *ladies room* donde pudo meterse
entre un tarantuleo de cucarachas rubias
a limpiar sus lentillas.
Seguidla entre estridencias y empujones,
entre los resplandores de gris y de amarillo,
que no la encontraréis ya nunca más,
si alguna vez la visteis.

Puede haberse mudado en esa chica
de caderas potentes y paso un poco raro,
a quien de pronto un guardia ha cogido del brazo,

se la lleva a tirones y ella se le recuesta
con los ojos nublados por la droga
y dice que no ha sido,
que ella no sabe nada de ese bolso que buscan,
que la dejen ir, *please*,
y lloriquea
y no puede ni andar
y se agolpa la gente,
curiosa, indiferente, transitoria,
desconectando apenas un minuto
la corriente continua
de su propia obsesión
para que entre el chispazo de esa escena,
casual, desarraigada, incongruente,
que no obstante pudiera por su cuenta
revivir como un susto de pájaro nocturno
nutriendo la sustancia alucinante
de alguna pesadilla.

Todo es un cuento roto en Nueva York
donde ninguna trama se ha de tener por cierta,
recitado de forma intermitente
entre guiños de *flash*
en el gran escenario giratorio
al que afluyen en mezcla simultánea
la basura y el oro,
gente que tira y gente que recoge.

Pero si continuáis en vuestro empeño
de perseguirle el rastro a un espejismo,
a una silueta vaga, fugaz y discutible

que llevabais soñada en la retina

tal vez porque la visteis en un film,
yo puedo revelaros una pista.
¿Por qué no entrar un rato en el Museo Whitney?

Cansada de rodar,
de soñar apariencias,
de debatirse en vano
ensayando posturas de defensa o de ataque,
de convertirse en otra,
esa mujer perdida por Manhattan
se ha escondido en un cuadro de Edward Hopper,
se ha sentado en la cama de una pensión anónima
y ya no espera nada.

Sin abrir tan siquiera la maleta,
acaba de quitarse los zapatos
porque los pies le duelen,
y se ha quedado sola entre cuatro paredes,
condenada a aguantar a palo seco
esa luz de la tarde ya en declive
que se filtra en la estancia
veteada de brillos engañosos,
con los brazos caídos y la mirada estática,
clavada eternamente de cara a una ventana
que de tan bien pintada parece de verdad.

Después de todo

La última vez que entró Andersen en casa

—Me ha raptado —dijiste—
la Reina de las Nieves.
Pero esta vez no era literatura.
Tus ojos reflejaban
—aunque secos,
aunque intentando incluso sonreír—
la certeza y el miedo
de sentirse atrapada por su abrazo,
arrastrada a subir a su trineo
—esta vez de verdad—,
a tiritar de frío bajo su regio manto,
a hundirte poco a poco
en el helado y súbito
refugio inapelable de sus brazos
que sólo a viva fuerza
lograron arrancarte de los míos.

Quien motiva mi queja

Quien motiva mi queja
es quien ya no la puede compartir.

Quien motiva mi llanto
es quien ya nunca lo vendrá a enjugar.

Quien me hace el vacío
es quien nació para llenarlo todo.

Queja, llanto y vacío
que siempre diluías
con el dardo de luz
de tu palabra.

Donde acaba el amor

Cuando llegas al muro
donde acaba el amor
ya no hay escapatoria.
Y lo escalaba trabajosamente,
repitiendo «ya no hay escapatoria»,
desafiando los cristales rotos
clavados en su cumbre;
y se dejó caer al otro lado
con las manos heridas.
Se las miró un momento,
y se lamió la sangre,
«Ya no hay escapatoria»
susurraba anhelante.
Por fin echó a correr,
sin mirar hacia atrás,
por la llanura estática,
plana, infinita y yerma.

Pájaro vegetal

Ha sido como un susto,
pero de esos distintos
que dejan tras de sí
un fantasma temblando
y no se atreve uno
a decir «ya pasó».
De improviso el espectro de tu nombre,
escondido en tupidos matorrales,
se ha metido en mi cuarto
—por dónde no lo sé—
y se ha echado volar
a tropezones
como un pájaro ciego, vegetal,
y con las alas de papel de plata
golpeaba los muros desconchados
de la estancia cerrada y amarilla
buscando una salida
en torpes remolinos
sin conseguir alzarse ni hasta el techo,
ni hasta la débil luz de la bombilla.
Pero la melodía, en cambio,
con que rasgaba el aire
no era desatentada
y guardaba estertores
del dulce acento antiguo
con que lo pronuncié aquella primavera
al borde del manglar,
de mis primeras lágrimas
descendiendo cual lluvia retenida

a colmar el aljibe de tus manos,
arca sellada para mis historias,
cuando enterramos juntos el tesoro,
mientras me emborrachaba de llamarte.
Y ha sido el largo acorde de la ele final,
raudo giro en la popa,
lo que ha resucitado el nombre de papel
y ha tensado sus alas vegetales,
en un mal simulacro

de aquellas acrobacias juveniles,
saeta repentina.

Ha sido como un susto, como un salto al vacío.
Y aquí estoy —ya lo ves—
yaciendo ahora de bruces
junto a tu nombre roto,
muerto contra las losas
hecho añicos. O polvo.

Ha sido como un susto.
Pero no. No pasó.
Rasgas aún el aire, pájaro vegetal.
Se te ha visto subir de modo fulminante.
Y así resurgirás de entre los muertos
el día del juicio.
Así lo dirá alguien
dentro de mis entrañas
en la hora postrera.

El desorden antiguo

Di, ¿qué es lo que buscabas?
Me quedo con las manos en el aire
palpando musarañas,
hilos de niebla,
pompas de jabón,
como esperando tropezar con algo,
como buscando pistas
para mi desconcierto,
huecos, sombras, ranuras,
pasadizos o arquetas
que me devuelvan a la superficie
de aquella geografía
antigua, misteriosa y escarpada.
Ya no sé lo que era
o cómo era,
dónde estaban las cosas
que ahora se descoyuntan
y transforman
sin orden ni concierto,
desnudas, mejor dicho,
del desorden antiguo
donde anidaban todas las sorpresas,
por entre cuyas frondas
y esquinas me movía
como el pez en el agua.
Me quedo con las manos en el aire
tanteando un paisaje
que se va rezagando, mudando,
disolviendo,

en cuanto se le acercan
las yemas de mis dedos,
igual que se repliega el malhechor
a esconderse en tugurios
vedados para siempre al detective.

No vas a encontrar nada por ahí.
Frío, frío.
Es el orden postizo

que trato de aplicarles a las cosas
a ver si entiendo algo
o reconozco en ellas algún gesto amistoso
lo que me las enfría,
lo que las pone en fuga,
eso precisamente.
Orden que descoloca y desintegra,
tiro por la culata.

Di, ¿qué es lo que buscabas?
¿qué es lo que pretendías agarrar?
No sé. Sombras de sombras.
Me asalta por babor
lo que estaba a estribor
con ojos pequeñitos de ballena
dispuesta a devorar
los últimos pedazos
que guardasen un resto de memoria
del desorden antiguo.

Escrito en la cara

Para M.ª Antonia Dans, in memoriam

Dijiste:
tu secreto está en la boca,
mientras tus ojos sabios se entornaban
siguiendo la aplicada tarea del pincel,
que a la vez que creaba aquella línea fina,
despacio, como a tientas,
parecía quererla descifrar.
Lo pensé siempre, ¿sabes?,
que en la boca tenías tú el secreto,
no te rías ahora, no jodas, me lo pones
muy duro de pelar.
Debía ser a finales de febrero
y la luz de la tarde
—tarde de hacer novillos—
nos unía a las dos
y nos ponía a salvo
en aquel raro cuenco de tu ático,
una luz maternal, acogedora,
que no daba señales de albergar
amenaza ninguna.
Ya de pie mucho rato te cansabas.
Estas cosas no pueden ser con prisa,
queda mucho, lo siento,
la boca es lo difícil,
el secreto está ahí.
Volví tres veces más
y hasta hoy no había vuelto.

Aquel taller ahora es de tu hija,
lo tiene todo igual,
la luz entraba igual,
hemos dicho tu nombre muchas veces
y ella me ha dado el cuadro.
Esa línea delgada
que con mimo y tesón
tu pincel recorriera
durante tantas horas

da fe de que compartes mi secreto.
Ahora más que nunca.
Ahora que tú ya lo sabes todo.

Refugio provisional

Se ha desgarrado el manto que todo lo cubría,
frío, perfidia, miedo, discordias familiares,
y ahora un amasijo de cuerpos indefensos,
de objetos rotos y descabalados
se esparcen por la tierra con las tripas al aire.
Se ha desgarrado el manto que hurtaba a nuestros ojos
el miedo y la miseria.
Con el trozo más grande no hay ni para la venda
de un herido, no, ni para un pañuelo.
Por entre los escombros
asoma un costurero reventado.
Una niña se llega gateando
y se hace una casita sin tejado
con ladrillos partidos.
Ha arrancado un harapo
del manto aquel que todo lo cubría,
y se aparta a bordarle
sobre uno de sus muchos agujeros
una flor amarilla,
del color de la infancia
y la locura.

(La guerra del Golfo)
25 de febrero de 1991

Chispa de plata apagada

Después de que me lo quitas,
me deseas el deseo
y a una escalera te subes
a enganchar frases bonitas
que me tapan lo que veo
y se borran con las nubes.

¡Ay, cuaderno de verano,
brasas ardientes y tristes,
instantáneo guiño loco!
Rastro que llegó a mi mano
para que sepa que existes,
aunque poco.

Recojo la voz «deseo»
y la meto disecada
entre otras de mi cuaderno.
Hay un fugaz parpadeo
rojo y azul. Luego nada.
Chispa de plata apagada
que nos anuncia el invierno.

Lo juro por mis muertos

En eso no te voy a defraudar,
en aquel afán tuyo tan ardiente y tirano
de que viviera yo contra viento y marea,
(«por favor, tú tranquila,
no te enfades, no cojas miedo a nada»),
de que saliera al mundo a recorrerlo,
a perderme por él,
a recoger la luz de otras miradas,
la miel de otras colmenas,
el hilo de otros cuentos.

Tú no me dejas ser mujer de Lot,
tú, que me has mantenido
en examen perpetuo de reválida,
tú me mandas vivir, voz de sal y limón,
acogerme impasible al instante presente.

Peleas todavía para que no confunda mi camino
con los atolladeros que me hacen regresar
a la cueva mefítica y sombría
de donde no se sale.
Me dices: «Hay camino, sal, no le cojas miedo»;
me obligas a mirarlo blanquear
y a fijarme en la gente atribulada
que circula por él, en todos los que lloran.

Recojo las señales de tu lejano Morse,
tranquila, duerme en paz.
En eso —te lo juro por mis muertos—,
en eso no te voy a defraudar.

Los libros que ahora busco

Necesito poesía.
Ya que no de la que entra sin sentir,
de aquella otra que con sangre entra
y que viene en la letra de los libros,
relegados, mirados con desdén,
cuando salir afuera, adonde fuera,
era abrir una puerta
para que la poesía disuelta por el mundo
en partículas tenues e invisibles
me llenara la casa de colores.

En ese tiempo yo encendía hogueras
para ver brillar el fuego momentáneo,
por gozar de su luz y su color,
y acaso en una de ellas
quemara indiferente
los libros que ahora busco
en esta tarde rota, deshabitada, gris.

Me acuerdo de sus lomos cenicientos,
nunca los puse en orden,
eran muchos, ¡qué agobio!
Se caían al suelo muchas veces,
tratando de llamarme la atención,
llamaban pertinaces,
como cuando nos ronda
la idea de la muerte,
tropezaba con ellos
y no les hacía caso.

Los libros de poesía que perdí
ahora no los encuentro
en esta tarde rota.
Es su venganza.

Heraldos de derrota

No sé por qué los pájaros
no vuelven a venir.
Aquellos pájaros.
La tarde los convoca.
Nada en todo mi cuerpo,
adormecido, ciego a los estímulos,
podría revivir, temblar, acusar fiebre
en esta tarde rara, teñida de ceniza,
a no ser que el milagro
de aquel disparatado revoleo
asaltara mis ojos de repente.

Y alertado mi cuerpo, como por un clarín,
se lanzara de nuevo a la palestra
y empuñara las armas de la vida,
aun para perecer.

Mi ser resucitado,
embutido en disfraz de capitán pirata,
se embarcaría en naves de vela desplegada
con ellos por delante,
bandada fantasmal,
pájaros agoreros,
heraldos de derrota,
que un día fuisteis bandera de esperanza.

Farmacia de guardia

No es Valium ni Orfidal,
no me ha entendido.
Se trata de la fe. Sí: de la fe.
Comprendo que es muy tarde
y no son horas
de andar telefoneando a una farmacia
con tales quintaesencias.
Lo que yo necesito
para entrar confiada en el vientre del sueño
es algún específico protector de la fe.
¿Que le ponga un ejemplo más concreto?
Pues no sé... Necesito
creerme que este saco
cerrado por la boca
y en cuya superficie
se aprecia la joroba
de envoltorios estáticos
puede volver a abrirse alguna vez,
a provocar deseos y sorpresas
bajo la luz del sol y de la luna,
bajo el fervor clemente
de los dioses del mar.
¡Oh, volver a sentir lo que era eso!
Y ni siquiera necesito tanto
—ya es menos lo que pido—;
simplemente creerme
que un día lo sentí
intempestivamente
cuando más descuidada andaba de esperarlo,

y supe con certeza
que sí, que se podía,
que un corazón doméstico
cuando al fin se desboca
es porque está latiendo sin saberlo
desde otro muy cercano.

Ya. Que no tienen nada.
Pues perdone.

Comprendo que es muy tarde
para hacerle perder a usted el tiempo
con tales quintaesencias.
Ya me lo figuraba.
Buenas noches.

La lenta curación

A medida que voy
consiguiendo olvidarte
para sobrevivir,
para habitar de nuevo
aquel terreno casi conquistado
a la desesperada,
con esfuerzo y argucias,
antes de tu irrupción,
a medida que noto
que, aunque precariamente,
puedo volver a respirar en él
como a través de tubos finos y complicados
que no admiten la franca bocanada,
es como si me fuera separando
de la gloria del cuerpo redivivo
que salió por sus fueros
inesperadamente,
desbocándose,
implantando su ley,
avasallando al tiempo
equilibrio y razón,
convirtiéndome en siervo de su yugo.

Y soy libre otra vez
en este territorio de telones pintados
que huele a enfermería,
a hojas de otoño.

¡Ay, todo lo que sabes
no te lleva a acertar
dónde estarán las llaves
del cuarto de jugar!
—Te oigo de muy lejos,
¿dónde estás?, no te veo.
… Por favor te lo pido,
dime si este rodeo
lleva a los juegos viejos.
¿Dónde te has escondido?
—Calla, no vale hablar.
Paredes a los lados
que palpas al azar
con los ojos vendados,
no vale tropezar,
escalones gastados,
uno par y otro impar.
—¿Voy dormida o despierta?
¿Es subir o bajar?
—No preguntes y acierta.
El caso es encontrar
nuevamente la puerta
del cuarto de jugar.
—Jugar... jugar... jugar.
Jugábamos a un juego
que siempre iba a durar.
De lo que vino luego
no me puedo acordar.
A la gallina ciega,

a las adivinanzas,
al corro, al veo veo...
¿Y ahora a qué se juega?
¡Son tantas las mudanzas!
Me pierdo, me mareo...
—Pues, hija, el que no atienda
y se empiece a quejar
ese pagará prenda.
Es juego de no hablar,

de ponerse la venda.
Tú sigue sin mirar,
que tal vez esta senda
desemboque en el cuarto de jugar.

Apéndice 1

Otros poemas

La barca nevada

Nos hemos despertado,
y la luz de invierno amanecía
de nuevo en las rendijas.
Por caminos de aire, leve y tímida,
se despeinó la nieve
y durmió en la ventana.
Otro invierno ha bajado de puntillas
a posarse en el río,
y en la noche ha tejido
cristal de quieta losa,
extendido silencio.
Mirad la pobre barca
prisionera del agua endurecida.
Sola y blanca de canas
mira correr las nubes con envidia.
¡Oh nubes desligadas,
que os destrenzáis tan jóvenes
sobre la barca inútil!
Sí. De nuevo el invierno.
Tomad entre los labios
su áspero jugo oculto
animado en la niebla y en las ramas sin savia.
¡Abrid las puertas todas
y que entre oscuramente
esa canción intensa de promesa
y letargo fecundo!
Tiempo duro y dichoso
para los corazones que esperan el milagro,
apenas presentido, de otros días.

Es difícil andar entre la nieve,
subiendo por camino pedregoso;
pero allí están las cumbres,
muy lejos, sonrosadas en la tarde.
Un día —lo sabemos—
Dios tocará los brazos,
hoy pobres y desnudos, de las ramas,
y los hará llenarse de gusanitos verdes
—embrión de reciente primavera—.

Vivid la espera.
El aire con sus manos florecidas
soltará un día el hielo dulcemente
—canción de espuma alborotada y libre
en pedazos fundidos vida abajo—.
Y a ti vendrá a librarte,
triste barca olvidada de la orilla.
Empujará tu cuerpo
por repetidas rutas —¡tan nuevas sin embargo!—,
y el agua resurgida tibia y dócil,
amasada con sol,
cederá al roce de tus alas niñas, y romperás sin llanto
el misterio fluido de sus venas.
Y palabras de amor dirá, a tu paso,
el inclinado chopo.
Nada está muerto aún bajo la escarcha.
La vuelta de las cosas que dormían
su plenitud, desgranará los aires
como trinos abiertos y gozosos.
Pero vivid la espera del invierno.
Y que ella os purifique.

4 de enero, 1947

de las constelaciones
tuvieron que chocar y combinarse
para que tú en persona,
verde arcángel,
vinieras a ponerte en mi camino
que era sólo un geométrico
camino de papel cuadriculado?

30 de junio, [en el] tren

Tres eran tres

Tres eran tres mis bienes de antaño:
tu letra, tu voz y un pañuelo blanco.

Tu letra entre miles reconocería,
la T de «te quiero», el A de «alma mía»;
tu voz brasa y miel en la noche fría,
y desde el balcón, al rayar el día,
el pañuelo «vuelve» y «adiós» te decía.

Tres eran tres mis bienes de antaño,
y los tres son hoy recuerdo aventado.

Tu voz se me pierde por esos barrancos,
las cartas las lleva el viento a otro lado.

Ni letra, ni voz,
ni el pañuelo sabe
a quién dice adiós.

Hace tanto tiempo

Para Antonio M. Sarrión

Nos pareció un desafío
haber perdido la fe,
al raso, pasando frío.
Héroes de no sé qué.

Navegar la negación
era de por sí una fiesta,
ungidos del raro don
de no hallar jamás respuesta.

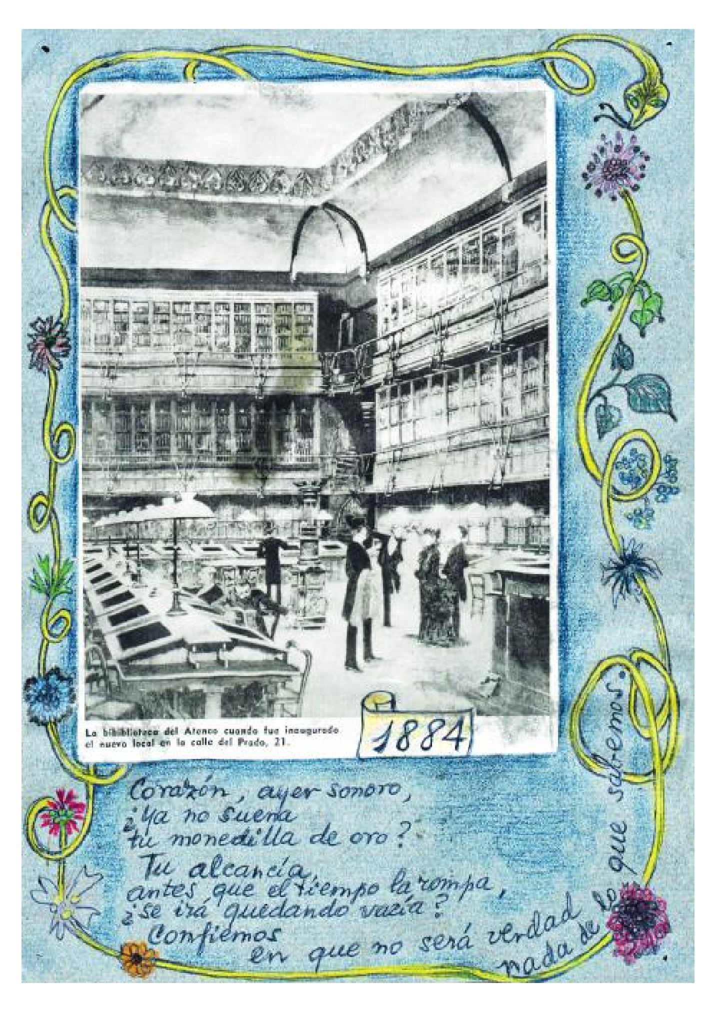
A los héroes de antaño
ahora nos los tropezamos
de vez en cuando en la danza.

Aparentan no hacer daño,
no se acuerdan. Son los amos
de su podrida bonanza.

[Navidades de 1998]

Apéndice 2

Collages



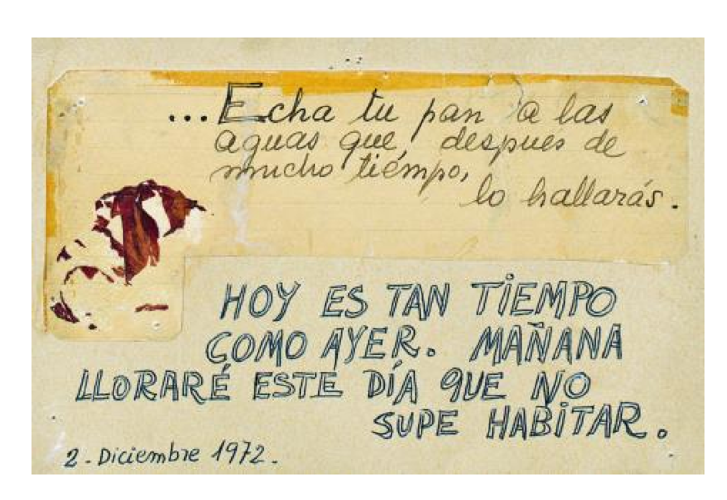
"*Collage* y poema a la biblioteca del Ateneo de Madrid",
con versos de Antonio Machado
(ca. 1962/1995)



“*Collage* de Carmen Martín Gaite”,
con versos de un haikai de autoría ajena
(20 de septiembre de 1971)



"*Collage* de dos fotografías familiares",
con el texto «Canción para acunar a Calila
a la entrada del otoño» y versos de su poema "*Let it be*"
(1971)



De “Fichas con citas”,
con una primera mención del *Eclesiastés*
y una posterior de autoría desconocida,
acaso atribuible a Carmen Martín Gaite
(2 de diciembre de 1972)



El papel tampoco se decide

El tiempo Hoy la atmósfera se inestabilizará algo con lo cual nos permite albergar esperanzas que el cambio de estación propicie un cambio de tiempo y vengan las lluvias. Pero de forma más próxima, hoy la nubosidad será muy escasa a primeras horas en casi toda la comunidad, nubosidad en general de tipo alto. Por la tarde irá en gradual aumento, quedando los cielos parcialmente nubosos con intervalos nubosos en la sierra y con algún chubasco ocasional por la tarde-noche, preferentemente en la vertiente norte. Los vientos soplarán flojos del suroeste y se formarán nieblas a primeras horas en los valles de la sierra.

"Hoja con collage y texto"
(sin fecha)



“Hoja con collage y texto”
(sin fecha)

A RACHAS (PP. 29-32)
Este es el título que Carmen Martín Gaite eligió, siguiendo el encabezado de las tres primeras ediciones de su poesía, para una nota preliminar a una selección de sus *Poemas* (Barcelona, Plaza & Janés/ Círculo de Lectores, 2001) que incluye un CD con la grabación sonora de su lectura. Y aunque, en algunos momentos, aluda a la ordenación de esta edición concreta, considero que fundamentalmente nos informa de una cuestión de más calado: la génesis y el lugar que ocupó la poesía en su trayectoria literaria y biográfica. En el Archivo de Carmen Martín Gaite me he encontrado un extracto de esta nota preliminar, fechado el 15 de febrero de 2000, con el título "La voz y el silencio (Carmen Martín Gaite recita sus poemas)", que probablemente corresponda a una redacción anterior y que sirvió de invitación al recital de la presentación del disco (editado por Avizor Records, D. L., 1999), el 14 de marzo del último año de su vida en el Círculo de Bellas Artes.

DESPUÉS DE TODO. POESÍA A RACHAS (PP. 33-128)
Publicado en Madrid, Ediciones Hiperión, colección Poesía Hiperión, 4.ª edición, 1993. La poesía de Carmen Martín Gaite tuvo cuatro ediciones: las tres primeras con el título de *A rachas*. La primera se publicó en Madrid, Peralta Ediciones-Editorial Ayuso, colección Libros Hiperión, 1976. La segunda fue en realidad una reimpresión de la primera (Madrid, Peralta Ediciones, colección Poesía Hiperión, 1979). La tercera (Madrid, Ediciones Hiperión, colección Poesía Hiperión, 1986) se aumentó con nueve poemas. Y la cuarta edición, ya con el título definitivo, incorporó los catorce poemas de la última sección "Después de todo".

Página 35: "Tiempo de flor" apareció con otro título, "En mi vejez", en *Trabajos y Días*, n.º 11, abril-mayo de 1949, p. 5. El poema fue compuesto en mayo de 1948 —según consta en la revista— y registra algunas variantes respecto a la versión definitiva, que afectan a la distribución de las estrofas y a la división de los versos. La variación más sustancial es la sustitución de «playa» por «plaza» en la versión definitiva.

Página 42: La primera versión de "Desembocadura", muy próxima a la definitiva, está fechada el 4 de marzo de 1947, según consta en una *Agenda médica* de 1947 que se encuentra en el Archivo de Carmen Martín Gaite.

Página 43: "Me pesas como un fardo" data del 1 de marzo de 1947, según consta en la citada agenda de 1947.

Página 44: "Destello" apareció con "Tiempo de flor" en el número 11 ya citado de *Trabajos y Días*, y ambos firmados por Carmiña. Fue compuesto en septiembre de 1947 —según se puede leer en la revista — y registra variantes sustanciales respecto a la versión definitiva. Transcribo la primera versión: «Hoy habláis otra lengua, / lirios que os despeináis bajo la lluvia. // Me apresáis con vosotros / igual que si me viera en un espejo. // Y tengo que dejaros. / Tiran de mí precisamente ahora / que acabo de encontrarme / —pequeña, pura— / entre vuestras corolas. // Voy a cerrar los ojos / —no deshagan la imagen—. // Y me iré sin miraros otra vez. // [¡]Ay! Cuando vuelva a veros / ¿sabré ya comprender este lenguaje vuestro / que un minuto ha rasgado mi tiniebla, / oh lirios despeinados por la lluvia?».

Página 54: Véase en los *Cuadernos de todo* (ed. de M.ª V. Calvi, Barcelona, Debate/Círculo de Lectores, 2002, pp. 191-192) una anotación de 1973 donde rememora el «momento de ebullición» de "¿Era por aquí?", que confluye con una relectura de *El balneario* y una temprana prefiguración de *El cuarto de atrás*.

Página 67: Las tres primeras ediciones bajo el título de *A rachas* no distinguían, dentro de los "Poemas posteriores", primera y segunda entrega.

Páginas 75-76: En el CD que acompaña la selección *Poemas* (ed. cit.) Martín Gaite dedica "Descarrilamiento" «en memoria de Jaime Gil de Biedma, a quien tanto gustaba este poema».

Páginas 84-88: Estos tres poemas ("Madrid la nuit", "¿Quieres jugar?" y "Libros y papeles") fueron publicados en *La Ilustración Poética Española e Iberoamericana* (n.º 8, junio de 1975, pp. 2-6). En el primero y el tercero se leían estas dedicatorias: «Para R[aúl] del P[ozo]» y «Para Chicho [Sánchez Ferlosio]».

Páginas 89-91: Una versión anterior de "Mi ración de alegría", fechada en verano de 1976, se puede leer en los *Cuadernos de todo* (ed. cit., pp. 377-378).

Página 93: En las dos primeras ediciones de *A rachas* las "Diez coplas de amor y desgarro" constituyen la tercera parte del libro.

Página 97: En la tercera edición, la "Segunda entrega" la denomina "Poemas recientes" y es la tercera parte del libro tras "Poemas de primera juventud" y "Poemas posteriores".

Páginas 99-101: "Pieza clave" y "¿Qué hacer con las palabras?" fueron publicados, bajo el título de "Dos poemas", en la revista dirigida por Andrés Trapiello, *Número*, mayo-junio de 1982, pp. 85-87 (el segundo apareció en esta primera edición sin distinción de estrofas). Un cuaderno autógrafo, procedente del Archivo de Carmen Martín Gaite, nos permite datar ambos poemas: el primero, aún sin

título, está fechado el 23 de noviembre de 1976, y una versión en borrador del segundo, el 9 de marzo de 1981. Este cuaderno lo denominaremos *Cuadernito chino*, siguiendo la propia descripción de la autora. El cuaderno autógrafo contiene borradores y versiones anteriores (primeras o intermedias) a las definitivas de los poemas que indicaré en estas notas, la mayoría pertenecientes a la sección "Después de todo". La última parte del cuaderno, bajo el encabezamiento de "Rescates y correcciones (Para la Manuela, 3 de febrero de 1989)", incluye versiones muy próximas a las definitivas de tres poemas ("Los libros que ahora busco", "El cuarto de jugar" y "Chispa de plata apagada") destinados a ser recitados en el café Manuela de la calle San Vicente Ferrer, donde Carmen Martín Gaite recitaba versos con Francisco Cumpián y Chicho Sánchez Ferlosio.

Páginas 102-106: "Todo es un cuento roto en Nueva York" cerró la tercera edición de *A rachas*. Tuvo dos ediciones como poema suelto en *Pliegos de Poesía Hiperión* (n.º 2, otoño-invierno de 1985-1986, pp. 3-6) y en *Sueltos de poesía* (n.º 2, julio de 1986, pp. 1-5, colección al cuidado de Octavio Colis y Francisco Cumpián, con dibujos de Carlos García Estades). En una anotación de los *Cuadernos de todo* (ed. cit., p. 515), fechada el 20 de diciembre de 1980, aparece una primera mención al proyecto de escribir este poema mientras componía *Visión de Nueva York*. Por ello, en la conferencia "La libertad como símbolo" lo relaciona con este cuaderno de *collages* y con un esbozo de su futura miss Lunatic: «Me atreví, por fin, a convertir en literatura alguna de aquellas sensaciones de extravío y velocidad que la ciudad provocaba en mi retina» (*De viva voz. Conferencias*, ed. José Teruel, Madrid, Siruela, 2023, p. 160).

Página 110: "Quien motiva mi queja" está fechado, en el *Cuadernito chino*, el 23 de enero de 1987. Inmediatamente le siguen las primeras versiones de "La última vez que entró Andersen en casa" y de "Lo juro por mis muertos", sin datar, pero probablemente próximas en fechas de composición, ya que los tres poemas tienen una misma raíz de fondo: la desaparición de su hija Marta Sánchez Martín.

Página 111: Una primera versión de "Donde acaba el amor", fechada en torno a octubre de 1983, se puede leer en los *Cuadernos de todo* (ed. cit., p. 566). Hay un microcuento con el mismo título, que confirma cómo la poesía en Martín Gaite es un modo de enunciación que rebasa los límites del verso o la prosa: «Cuando llegas al muro donde acaba el amor, ya no hay escapatoria —dijo mientras lo escalaba trabajosamente, desafiando los cristales rotos incrustados en su cumbre y se dejaba caer al otro lado. Se miró un momento las manos ensangrentadas y luego echó a correr, sin preguntar adónde iba, por la llanura estática, yerma e infinita» (*Todos los cuentos*, ed. José Teruel, Madrid, Siruela, 2019, p. 527).

Páginas 112-113: Según se desprende del citado *Cuadernito chino*, la primera versión de "Pájaro vegetal" tenía el título de "Clamar en el desierto" y está fechada, como "¿Qué hacer con las palabras?", el 9 de marzo de 1981.

Páginas 124-125: "Farmacia de guardia" aparece fechado, en el *Cuadernito chino*, en enero de 1989.

Página 126: "La lenta curación" está fechado, en el mismo cuaderno, el 1 de septiembre de 1988.

APÉNDICE. OTROS POEMAS (páginas 129-135)

Páginas 131-132: "La barca nevada", *Trabajos y Días*, n.º 5, enerofebrero de 1947, s. p. En el domicilio familiar de El Boalo se conserva una versión del poema, que mandó imprimir y enmarcar su padre, en la que se puede ver la fotografía de Pepe Núñez, publicada en *El Adelanto* de Salamanca, que sirvió de inspiración para el primer texto publicado por Carmen Martín Gaite (cf. "Las glorias y las memorias", en *Agua pasada*, Barcelona, Anagrama, 1993, p. 384). Gracias a esta versión he podido corregir erratas de la edición en la revista. En el verso decimosexto se leía en *Trabajos y Días*: «bien nubes desligadas», en lugar de decir «¡Oh nubes desligadas». Otras erratas de la revista son más evidentes: «animado en la nieblas» en lugar de «animado en la niebla», «Abrir» en lugar de «Abrid», «predegoso» en lugar de «pedregoso», y frases exclamativas en las que se suprime el signo de apertura.

Página 133: Entre los cuadernos que Carmen Martín Gaite dedicaba a «copiar en limpio» poemas me he encontrado en su Archivo una hoja arrancada con este manuscrito: "¿Qué cifras y destellos...", que tanto recuerda esos momentos de la escritura en el tren de los *Cuadernos de todo,* y de la que también es una muestra el relato "Flores malva". No hay ningún indicador preciso para localizar la fecha exacta del texto, pero siguiendo los cuadernos 17, 21 y 23, podría tratarse de un poema de finales de la década de 1970, años en que fueron frecuentes sus viajes en tren a Segovia. El manuscrito fue reproducido como facsímil en el folleto que acompañó a la exposición itinerante *Lo raro que es vivir,* organizada por Círculo de Lectores (2001).

Página 134: "Tres eran tres" fue publicado en *Poemas* (ed. cit., p. 137), pero antes fue grabado con música y voz de Amancio Prada dentro de su disco *De la mano del aire* (Fonomusic, 1984).

Página 135: "Hace tanto tiempo" fue publicado en *Poemas* (ed. cit., p. 145).



Este código QR dirige al audiolibro de *Poemas*, una antología de Carmen Martín Gaite recitada por la autora. La grabación fue dirigida por Alberto Pérez, responsable del sello discográfico Avizor Records, y se publicó con la antología del mismo título (Plaza & Janés/Círculo de Lectores, 2001).

[←1]

Esta primera edición de 1976 se verá aumentada con nueve poemas en 1986: seis de “Primera juventud” (“Amor muerto”, “Espiga sin granar”, “Domingo por la tarde”, “Sucedáneos”, “Batalla perdida”, “Convalecencia”) y tres de “Poemas recientes” (“Pieza clave”, “¿Qué hacer con las palabras?” y “Todo es un cuento roto en Nueva York”). La edición de 1993 incorporó catorce poemas a una última y nueva sección titulada *Después de todo*, donde ya se evalúan los estragos del tiempo. En 2010 reuní póstumamente, en el tercer volumen de sus *Obras completas*, esta última edición, *Después de todo* (siempre con el subtítulo de *Poesía a rachas*), más un apéndice de poemas dispersos (“La barca nevada”, “Tres eran tres”), inéditos (“¿Qué cifras y destellos?”, “A la Virgen del Carmen de El Boalo”) y uno compuesto con posterioridad a 1994 (“Hace tanto tiempo”). Este volumen la replica, excluyendo “A la Virgen del Carmen de El Boalo” e incorporando algunos de sus *collages*, a modo de poemas visuales. La labor poética de Martín Gaite se completa con la grabación sonora de sus *Poemas* (Barcelona, Plaza & Janés/Círculo de Lectores, 2001) y con sus traducciones juveniles del poeta rumano Tudor Arghezi (“Los muertos” y “Duhovniceasca” [*Trabajos y Días*, n.º 7, 1947] y “El escondite” [*Alférez*, n.º 4, 1947]), su versión de *Viaje hacia el amor y otros poemas* de William Carlos Williams (Madrid, Trieste, 1981), y la traducción de “El cuervo” de Edgar Allan Poe (*Cuadernos de la Merced*, n.º 2, junio de 1988), con Antonio Bueno Tubía y Francisco Cumpián, con quienes también realizó recitales de poesía en el café Manuela de la calle San Vicente Ferrer de Madrid, a finales de la década de 1980.

[←2]

Se refiere a la selección incluida en la antología *Poemas*, cuya grabación se encuentra disponible accediendo desde el código QR de la página 151. *(N. de la e.)*

Edición en formato digital: mayo de 2023

© De los poemas y collages, herederos de Carmen Martín Gaite, 2023
© Del prólogo, la edición y las notas, José Teruel, 2023
© De la grabación original, Alberto Pérez/Avizor Records, 2001

© imagen de cubierta, Oscar Tomás / Lamala Producciones

© herederos de Carmen Martín Gaite, 2023

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A. / La Bella Varsovia, 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1952-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es
www.labellavarsovia.com